

¡Llámenle a la Cruz!



**Veinticinco años de servicio voluntario en la
Cruz Roja Mexicana.**

Anécdotas y relatos

Rubén Vera y López

¡Llámenle a la Cruz!

Veinticinco años de servicio voluntario en la Cruz Roja Mexicana

Rubén Vera y López

El autor y Exa Ingeniería® no están afiliados a ningún fabricante.

Derechos Reservados© por el autor 1992. Derechos mundiales reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o almacenada en ningún medio de retransmisión, fotocopiado o reproducción de ningún tipo, incluyendo pero no limitándose a fotocopia, fotografía, fax, almacenamiento magnético u otro registro, sin permiso expreso de los autores y de la editorial.

Compuesto totalmente en computadora por:

Exa Ingeniería SA de CV®

Bajío 287-101

Col. Roma México, D.F.

55 564-10-11; 55 564-02-68; FAX 55 264-61-08

ISBN 968-499-822-8

SEP 20726/92

Registrado ante la SEP en la propiedad intelectual del autor

Impreso y hecho en México.

1era edición julio 1992

2da edición julio 2015

A mi esposa María Cristina, quien con su apoyo, aliento y comprensión no obstante sus soledades, angustias y preocupaciones calladas durante tantos años, me dio las fuerzas suficientes para cumplir mi compromiso hacia la Benemérita Institución.

Mi agradecimiento profundo a Emiliano Llano Díaz y María Cristina Vera Aristi por su valiosa cooperación y ayuda en la elaboración de éste, mi primer libro.

¡Llámenle a la Cruz!

Prólogo

No son muy claros mis recuerdos de los años en que mi papá fue voluntario de la Cruz Roja. Sólo ciertos destellos vienen a mi memoria donde, más que imágenes, guardo sonidos.

El sonido de la ambulancia que pasaba frente a mi casa a toda velocidad por la noche y que era el saludo que nos dedicaba mi papá. Sirena que, más que tranquilizarnos, a menudo nos angustiaba.

El sonido de una mañana lluviosa a bordo de una lancha del cuerpo de los “hombres rana”. La lluvia caía copiosamente y yo la escuchaba protegida debajo de un traje de buceador que alguien había puesto sobre mí para mantenerme seca. No me preguntan qué hacía yo ahí, yo sólo recuerdo las gotas caer y la voz de mi papá tranquilizándome.

Otros sonidos, no muy agradables, por cierto, representan el barullo del patio del hospital de la Cruz Roja donde íbamos a buscar a mi papá: el constante ulular de las sirenas y los pasos de gente apresurada.

Seguramente era yo muy pequeña porque no recuerdo más gran cosa. Además mi papá dejó de prestar sus servicios seguramente a petición de mi mamá y a causa de la responsabilidad creciente que representábamos mi hermano y yo.

Mi papá fue un hombre de pocas palabras, sin embargo le gustaba contar cuentos a la chiquillada que constituíamos mis primos, mi hermano y yo sentados en las escalerillas a la entrada de la casa. Cuentos inventados o lejanas leyendas modificadas y adaptadas a los jóvenes oyentes quienes disfrutábamos con “la escarpa muda”, “la mano peluda” o la historia de “la caminera”. Cuentos que nos erizaban los cabellos y nos impedían dormir por la noche...

¡Llámenle a la Cruz!

Falto de tiempo, los hijos crecidos, mi papá dejó de contarnos sus historias. Así que cuando a mis treinta años me pidió ayuda para la escritura de sus experiencias al servicio de la Cruz Roja Mexicana, no pude más que recibir la idea con un inmenso placer. Descubrí las peripecias de un joven altruista, valiente y lleno de humor. Un inmenso orgullo llenó y sigue llenando mi alma. Ahora con una nueva perspectiva a la vista de la 2da edición de su libro. Libro que sigue despertando la admiración, ahora de los nietos y que será una herencia particular para las futuras generaciones que ¡ya vienen en camino!

Julio 2015

María Cristina Guadalupe Vera Aristi

¡Llámenle a la Cruz!

Contenido

Prólogo	1
Caminos del Destino.....	3
Cerca de la Muerte.....	7
Rescate.....	17
Inundación	23
Cita con el Diablo.....	29
Choque.....	43
El Encostalado	49
Amor... ¿De Padres?	67
La Voz de Ultratumba	77
¿Loco Yo? ¡Loco su M...!	87
Susto	105
Coincidencias	113

¡Llámenle a la Cruz!

Caminos del Destino

Era una tarde fresca y yo me encontraba sentado en una banca del jardín de Coyoacán, cuando se suscitó un fuerte incendio en la calle de Allende, casi esquina con la avenida Hidalgo, donde había un caserón que tenía caballerizas. En una de ellas se encontraban dos caballos amarrados que estaban a punto de ser devorados por las llamas... Inmediatamente me introduje donde estaban, pudiendo rescatarlos sin que sufrieran daño alguno.

Posteriormente, encontrándome en la casa de mi novia, comentaba a mi futuro suegro aquel incidente que había protagonizado y me sugirió que ingresara como voluntario a la Benemérita Cruz Roja Mexicana en la cual él prestaba sus servicios como Secretario General de dicha Institución.

Rubén Vera y López

Así fue como ingresé a la Cruz Roja.



1 Mis años mozos en la Cruz Roja

En un principio no se nos permitía a los de reciente ingreso salir en las ambulancias, sino hasta terminar los cursos de la Escue-

¡Llámenle a la Cruz!

la de Socorristas, y nuestra labor dentro del hospital se limitaba a atender a los que llegaban por su propio pie a requerir atención médica. Por fin, tiempo después, quedé registrado como socorrista activo y estaba listo para salir en las ambulancias.

No es mi intención narrar aquí las miles de veces que salí a prestar ayuda a quien lo solicitaba, sino solamente aquellas que por una u otra razón quedaron grabadas en mi mente durante los veinticinco años que serví como voluntario en la Cruz Roja Mexicana.



2 Mi futuro suegro era Secretario General de la Cruz Roja

¡Llámenle a la Cruz!

Cerca de la Muerte

Fue en noviembre de 1948, la noche estaba fría y nos encontrábamos en la sala de guardia charlando animadamente, cuando sonó el teléfono. Al descolgar la bocina el telefonista en curso, se escuchó la voz de la Comandancia de Bomberos:

— ¡Compañeros! ¡Sale nuestro equipo a la calle de 16 de Septiembre!

— ¿Qué pasó ahí?

— ¡Es un incendio! ¡Se está quemando la tlapalería "La Sirena"!

— ¡Allá vamos! — contestó el telefonista.

Era costumbre que, al ser requeridos los servicios del cuerpo de bomberos, nos avisaran para que a la vez también enviáramos ambulancias por si había accidentados.

Rubén Vera y López

Inmediatamente se escuchó en los altavoces colocados en el patio del hospital:

— ¡Ambulancia para servicio! ¡Personal para incendios! ¡Médicos a servicio!

La ambulancia se colocó en la puerta de salida mientras abordaba el equipo humano e inmediatamente salimos rumbo al siniestro, al mando del Comandante Agustín Muñana.

Era mi primer servicio; la ambulancia, con la sirena abierta, corría a gran velocidad. A medida que avanzábamos me di cuenta del peligro que corríamos de chocar o tener otro tipo de accidente, en virtud de que, tanto automovilistas como peatones hacían poco caso del ulular de la sirena y se atravesaban imprudentemente. Poco después de bruscos arrancones y frenadas, llegamos al lugar del incendio.

Al descender de la ambulancia me di cuenta de la magnitud del siniestro. Grandes lenguas de fuego se levantaban e ilumina-

¡Llámenle a la Cruz!

ban el cielo. El calor se sentía intensamente.



3 Grandes lenguas de fuego iluminaban el cielo...

Inmediatamente nos unimos a los bomberos para ayudar con las mangueras y despejar la zona de curiosos que estorbaban las maniobras de los traga humos. El jefe de bomberos, Comandante Saavedra, daba órdenes a su personal para atacar el incendio:

— ¡Adentro, muchachos! ¡Al fondo!
¡Tengan cuidado!

Rubén Vera y López

Seis bomberos penetraron jalando las pesadas mangueras; el calor era insoportable. Las llamas abrazaban casi todo el edificio. De pronto se oyó un ruido sordo... Una gran nube de humo y polvo se levantó: ¡Se había desplomado parte del techo dejando sepultados a los seis bomberos que momentos antes habían entrado!

Un silencio sepulcral llenó el ambiente. Los rostros de los ahí presentes estaban pálidos y absortos de lo que acababan de presenciar.

En cuestión de segundos, el Comandante Saavedra, reaccionó y a gritos ordenó rescatar a los infortunados compañeros, poniéndose al frente de otros seis elementos. Temerariamente se introdujo hacia el interior de aquella hornaza con la esperanza de rescatar con vida a sus subalternos. Corrí tras ellos con el mismo fin.

Delante de mí iba un joven que, deteniéndose de repente, me gritó:

¡Llámenle a la Cruz!

— ¡Ve por camillas! ¡Rápido!

Inmediatamente me regresé con el objeto de adquirir las mencionadas camillas que, por la angustia del momento, había olvidado.

En el justo momento en que salía del edificio, nuevamente se escuchó un gran estruendo: ¡La otra parte del inmueble también se derrumbó dejando sepultados al Comandante Saavedra y a los otros seis hombres que lo acompañaban! incluyendo al joven que minutos antes me había pedido regresar por las camillas y que, sin saber, me había salvado la vida...

Toda la noche y hasta bien entrado el día, estuvimos trabajando en la penosa tarea con la esperanza de rescatar con vida a los infortunados bomberos, cuyos catorce cadáveres fueron desenterrados de entre las cenizas de aquel incendio.

Entre los rostros sudorosos y cansados de los bomberos que habían participado, se

Rubén Vera y López

reflejaba el dolor y la angustia de haber visto morir a sus compañeros.

Terminada la labor me dirigí a mi domicilio pensando con tristeza en las familias de aquellos héroes que habían perdido a sus seres queridos.

Llegando a mi casa me desplomé en mi cama, tremendamente cansado y angustiado, por lo que en pocos minutos, me quedé profundamente dormido.

Durante varios días no pude conciliar el sueño, la impresión que me causó aquella tragedia fue traumática; durante los noches volvía a vivir en mis pesadillas aquellos momentos angustiosos que, como películas, se me reflejaban constantemente, despertando bañado en sudor y presa de pánico...

Poco a poco me fui acostumbrando a controlar mis emociones, pues comprendí que en todos los casos de emergencia era necesario guardar la serenidad y la sangre fría

¡Llámenle a la Cruz!

para poder ayudar con eficacia a las víctimas de algún accidente.

Se me asignó guardia todos los sábados en la noche, siendo mi entrada a las 19 horas y la salida... no tenía hora, pues las llamadas de demanda de auxilio siempre se prolongaban hasta la madrugada, hora en la que disminuían. Salíamos en las ambulancias a diferentes partes de la ciudad, ya que los sábados eran pródigos en todo tipo de accidentes y delitos: atropellados, balaceados, apuñalados, asaltos propiciados principalmente por la injerencia de bebidas alcohólicas: "Sabadito Alegre" donde la gente de ciertos estratos sociales está presta a dar rienda suelta a sus inquietudes e instintos.

En aquel entonces la Cruz Roja contaba con doce ambulancias para dar servicio a una población de aproximadamente tres millones de habitantes, de las cuales la mitad se encontraba en reparación, por lo que se había formado la Sección Motorizada, que consistía en personal con auto-

Rubén Vera y López

móvil que ponía al servicio de la Cruz Roja para recoger heridos que no ameritaran ser trasladados en ambulancia, así como para transportar personal a sitios donde se requerían socorristas, como incendios, derrumbes, rescates, etc. y así alivianar el duro trabajo al que se sometía a las ambulancias.

Como yo tenía un modesto automóvil, no dudé en incorporarme a la Sección Motorizada que estaba bajo las órdenes del Comandante Armando Sánchez Maldonado. Así tuve la oportunidad de salir a servicio tanto en ambulancia como en mi automóvil según fueran las necesidades.



4 Credencial de la época (1949)

¡Llámenle a la Cruz!



5 No dudé en incorporarme a la Sección Motorizada

Forma S. G. 4
Núm. 33331.

MEMORANDUM

DEPENDENCIA: DEPARTAMENTO DE TRÁNSITO FEDERAL.
SUBDIRECCIÓN.

México, D. F., a 19 de junio de 1961.

CC. Delegados de Tránsito, Jefes de Servicio y
Policías Federales de Caminos.
PRESENTES.

El vehículo Ford Fairline, modelo 1957, motor --
CTMEXV-102096, placas 59-677, propiedad del C. Rubén Vera Ló-
pez, al servicio de la Sección Motorizada de La Cruz Roja Mexi-
cana, con registro número 16, conducido por los Ambulantes CC. --
Rubén Vera López y Víctor Manuel Martínez Franco, con registro
de la mencionada Institución números 952 y 1591, con licencias --
del Distrito Federal números 88262 y 182845, respectivamente, --
pueden utilizar faro rojo y sirena para el mejor desempeño en sus
funciones en el auxilio de accidentes.

Atentamente.
El Subjefe Encargado del Departamento.

Adolfo A. Carruon
ING. ADOLFO A. CARRUON.

SUBDIRECCIÓN

SECRETARÍA DE COMUNICACIONES
Y TRANSPORTES



6 Alta de mi vehículo a la Sección Motorizada

¡Llámenle a la Cruz!

Rescate

El día 26 de septiembre de 1949 llegué como de costumbre a las 19 horas para cubrir mi guardia; en la comandancia me informaron que poco antes habían salido varias ambulancias al mando del Jefe del Cuerpo, Comandante Víctor M. Trueba, al rescate de las víctimas de un avión caído en la vertiente sur del volcán Popocatepetl.

Entre los socorristas que también acababan de llegar se encontraba Higinio Alvarado, montañista muy experimentado, quien había conquistado el Monte McKinley y había participado en varios rescates.

Al enterarse de lo anterior, me sugirió que saliéramos en mi automóvil a alcanzar la brigada de auxilio y unirnos a nuestros compañeros para colaborar en el rescate. La idea me pareció buena y nos dirigimos a la comandancia para solicitar permiso de

Rubén Vera y López

salir, oficialmente, al lugar del siniestro, lo que nos fue concedido.

Inmediatamente Higinio sacó de su casillero algo de equipo propio para escalar montañas y nos dirigimos rápidamente a la carretera que nos condujera a las faldas del volcán.

Al llegar a un pueblo, no recuerdo bien si era Jalatzingo o Xalicintla, nos hicieron señas para detenernos cuatro soldados que habían sido enviados para reforzar al personal de rescate, pero que se encontraban extraviados. Nos informaron que un kilómetro adelante se había derrumbado un puente, por lo que no podíamos seguir adelante con el automóvil; al mismo tiempo se pusieron a nuestras órdenes para lo que fuese necesario.

Sacamos del auto el poco equipo que reunimos e Higinio me preguntó:

— ¿Qué dices Rubén?, ¿Nos aventamos a subir por aquí?

¡Llámenle a la Cruz!

— Pues "ay" tú dices — le contesté. — Tú eres el que sabes y tú decides.

Ni tardos ni perezosos comenzamos a subir acompañados de los soldados que, sin decir una sola palabra, nos siguieron. La noche estaba muy oscura y contábamos únicamente con una lámpara de mano que nos alumbraba muy poco, por lo que el ascenso se hizo muy despacio. Al filo de la madrugada el frío se hizo intenso y yo no tenía ni siquiera otro suéter para cubrirme, por lo imprevisto del servicio; sólo llevaba una chamarra muy delgada y el frío me calaba hasta los huesos... Al percatarse uno de los soldados de mi precaria situación, compartió conmigo su capote y así, juntos, seguimos escalando.

Yo no tenía ninguna experiencia ni condición física para escalar montañas, por lo que pronto me sentí agotado. Le pedí a Higinio que nos detuviéramos a descansar y quizá dormir un poco, pues ya no podía dar un paso más.

Rubén Vera y López

Después de dormir un rato, emprendimos nuevamente la marcha hasta llegar al lugar del accidente. El panorama era desolador. Los restos del avión se esparcían en un área bastante grande; supusimos que no habría sobrevivientes al ver que el personal que nos antecedió ya iba cuesta abajo con su macabro cargamento. Había ahí un socorrista que, por el cansancio, se había quedado rezagado quien nos informó que la labor ahí estaba terminada y, efectivamente, no había salido nadie con vida.

Higinio resolvió que alcanzáramos a los compañeros que nos llevaban como 5 kilómetros de distancia, a lo cual me opuse manifestándole que me sentía muy cansado. Le propuse que se fuera junto con los soldados a dar alcance al grupo y él así lo hizo, quedándonos solamente aquel socorrista (de quien desafortunadamente no recuerdo su nombre) y yo, para descansar un poco más antes de emprender el regreso.

¡Llámenle a la Cruz!

¡Qué frío hacía! Comprendimos que si seguíamos inactivos podríamos sufrir congelamiento de algún miembro y mejor decidimos empezar a descender por la misma ruta que habíamos seguido para subir. Caminamos por una hondonada formada, probablemente, por el agua de deshielos y lluvias, cuyas paredes medían aproximadamente dos metros de altura. Mi compañero iba adelante como a treinta metros de distancia.

De pronto comencé a escuchar un ruido a mis espaldas de algo que se precipitaba hacia nosotros... ¡Cuál sería mi sorpresa cuando al voltear vi que venía, en estampida, una manada de toros que, por lo inclinado del terreno, no podían detenerse. Le grité a mi compañero apenas justo a tiempo para pegarnos a las paredes; los animales pasaron rozándonos y de milagro no fuimos alcanzados por sus cuernos.

Después del fuerte susto recibido, salimos de aquella hondonada descendiendo por el borde para evitar otra sorpresa. Llegamos

por fin a la orilla del camino, y extenuados, nos quedamos dormidos; poco después fuimos despertados por otro grupo de montañistas que pasaban por el lugar.

Al llegar de regreso al hospital de la Cruz Roja nos informaron que entre las víctimas de tan lamentable accidente se encontraba el Sr. Gabriel Ramos Millán, a quien le decían "El Apóstol del Maíz" y que era considerado por su trayectoria política, como futuro presidente de la República. También fue víctima Blanca Estela Pavón actriz de cine que, junto con Pedro Infante, realizara varias películas de mucho éxito como la titulada "Nosotros los Pobres".

Coincidentemente Pedro Infante moriría 18 años después en las mismas circunstancias al volar del sureste de la República a la Capital, cuando se estrelló el avión que él mismo tripulaba, causando muy honda consternación en el pueblo de México; era tan querido, este actor cantante, que hasta la fecha se le rinde homenaje cada aniversario de su muerte.

Inundación

Llegué al hospital como a las ocho de la noche con el objeto de recoger unas botas que me había mandado a hacer con anterioridad y que habían quedado de entregarme ahí mismo. Al entrar a la comandancia de guardia, me informaron que una hora antes había salido hacia la ciudad de Pachuca, Hidalgo, un fuerte contingente de rescate, incluyendo a los hombres rana, pues se había reventado una presa llamada "La Estanzuela", que inundara completamente la ciudad.

La noticia me causó gran consternación por ser mi ciudad natal y tener varios parientes en ella. La ciudad está rodeada de varios cerros y da la impresión de estar en un hoyo con una única salida hacia el sur; considerando esto, comprendí la extrema gravedad del accidente.

Rubén Vera y López

De inmediato me presenté ante el jefe del cuerpo de socorristas para solicitar el permiso de salir en mi automóvil y unirme al equipo de rescate; permiso que me fue concedido en razón de lo antes expuesto.

A las nueve de la noche salí rumbo a Pachuca completamente solo, pues no había personal disponible que me acompañara.

Al llegar a Venta Prieta, pueblo cercano a la ciudad de Pachuca, ya se estaban formando lagunas por lo que me di cuenta de la magnitud de la inundación. Unos kilómetros adelante el agua empezaba a cubrir parte de la carretera, por lo que tuve que seguir a vuelta de rueda. Llegando a la periferia de la ciudad, en un lugar llamado Cubitos, me salieron al paso varias personas informándome que a pocos metros estaba el cadáver de una señora, que las aguas habían arrastrado hasta ese lugar y me pidieron que la trasladara al Hospital Civil.

¡Llámenle a la Cruz!

Me vi obligado a aceptar, en virtud de que llevaba el Banderín de la Cruz Roja, así como los faros rojos que me identificaban como personal de emergencia.

Entre varias personas subieron el cadáver a mi auto al asiento delantero; era una mujer como de 50 años bastante gorda. En su rostro tenía la expresión de pánico que le había causado verse arrastrada por la impetuosa corriente. Así, con mi peculiar acompañante, proseguí camino... Al poco rato tuve que detenerme porque el agua había invadido completamente la carretera y ya no veía por donde seguir. Estaba rodeado por agua; me daba impresión de estar estacionado en medio de una laguna.

Me bajé del automóvil comenzando a sentir miedo de mi macabra compañía, cuyos ojos, desmesuradamente abiertos, parecían querer decirme algo, que quizá en agonía pensó y ya no pudo decir. En la oscuridad de la noche y al amparo de una débil luz de luna, observaba el rostro de aquella infeliz mujer que, reclinada de espalda

Rubén Vera y López

sobre el asiento, se perfilaba como mirando al cielo, tal vez rogando a Dios por los seres queridos que había dejado en este mundo...

Así, con los pies cubiertos por el agua y recargado en el auto, pasé una hora hasta que de pronto vi que se acercaba un vehículo con los faros rojos prendidos; era una ambulancia que venía de México para reforzar el auxilio a la población de Pachuca. Al llegar a mí les conté la odisea e inmediatamente procedieron a sacar el cadáver de mi auto para pasarlo a la ambulancia.

Poco a poco fue descendiendo el nivel del agua, hasta dejar parcialmente al descubierto la carretera y pudimos ponernos en marcha nuevamente hasta llegar al hospital de la ciudad y empezar con la penosa tarea de rescatar cadáveres y personas heridas o aisladas que requerían auxilio.

Al despuntar el alba y, a la luz del día, el panorama era desolador; el agua arrastraba

¡Llámenle a la Cruz!

todo lo que a su paso encontraba: personas, perros, burros, muebles, etc.

Serían como las siete de la noche cuando terminamos nuestra labor de rescate.

Empapados hasta los huesos nos dirigimos al Hospital Civil y nos dimos cuenta de la magnitud real del desastre: 50 muertos, la mayoría niños y mujeres; cientos de heridos e incalculables pérdidas materiales...

Las escenas que presenciamos fueron lamentables; las personas que llegaban a buscar algún familiar y lo identificaban, lanzaban desgarradores gritos de dolor al ver a sus hijos, esposos, hermanos o parientes con el rictus de espanto en sus rostros. Todo era dolor y tragedia; la gente caminaba como sonámbula con los ojos llenos de lágrimas. Al regresar a nuestra base en la Ciudad de México hubo personas que nos preguntaron ¿Qué pasó ahí?

¡Llámenle a la Cruz!

Cita con el Diablo

Al filo de la media noche sonó el teléfono de la comandancia de emergencia; al contestar la llamada se desarrolló el siguiente diálogo:

— ¡Cruz Roja a sus órdenes!

— Señor... Aquí han venido varios indígenas a rogarme que pidiera auxilio, pues dicen que el diablo se metió a una de sus chozas y tienen mucho miedo, que por favor...

— ¡Está usted hablando a la Cruz Roja! — interrumpí — ¡Deje de molestar con ese tipo de bromas estúpidas!

— ¡No es ninguna broma, señor! Soy velador de una pequeña industria que se encuentra en la salida de la carretera a Toluca... ¡Hay varias señoras llorando y los señores se ven muy asustados...!

Rubén Vera y López

—Bien — contesté ya intrigado — ¿A dónde mando el auxilio?

— ¡Cerca del kilómetro 20!

— Que nos esperen al borde de la carretera; allá vamos—contesté y colgué el teléfono.

Por un rato me quedé pensando en esa extraña llamada y no queriendo distraer una ambulancia en un servicio tan incierto, decidí salir en mi automóvil movido más por la curiosidad que porque en verdad fuera necesario acudir a aquel llamado.

Con tres socorristas a bordo enfilé rumbo a la carretera y en el trayecto les comenté el objeto de nuestra salida.

— ¡Debieron llamar a un sacerdote! — comentó uno de ellos.

— ¡Es cierto! — dijo otro, y todos reímos celebrando aquel comentario.

A la luz de los faros del automóvil vimos a un pequeño grupo de personas que, al ver

¡Llámenle a la Cruz!

los faros rojos, nos hacían señas para que nos detuviéramos en la carretera.

— ¡Allá abajo! — gritaban — ¡Allá está!

—Vamos pues — contesté en forma burlesca — iremos a ver qué es lo que quiere ese maldito diablo.

Comenzamos a bajar por una angosta vereda, pues el pequeño caserío se encontraba como a quinientos metros hacia abajo, en una barranca.

Al llegar al sitio y como a veinte metros de distancia de la choza donde decían que estaba el diablo, había un grupo de mujeres, niños y hombres con velas encendidas, quienes hincados lloraban y rezaban reflejando en su rostro el terror y el miedo que habían experimentado cuando en forma inesperada "Se les presentó el diablo".

Aquel espectáculo era impresionante; nos comenzó a invadir el miedo transformando, poco a poco, nuestra actitud de burla

Rubén Vera y López

por lo extraño que pudiéramos encontrar en el interior de aquella casucha.

Nos aproximamos a la puerta y confieso que las piernas me temblaban de miedo y apenas podía sostener mi lámpara de mano que temblorosamente alumbraba hacia aquella puerta... Por fin, armándome de valor, de una patada abrí la puerta; dos de los socorristas brincaron hacia un lado, temerosos de lo que pudieran ver y sólo uno de ellos se quedó conmigo.

Al recorrer con mi lámpara el cuarto: ¡Horror! Alumbré una figura humana totalmente desnuda y bañada en sangre que, acurrucado en un rincón gemía y clamaba:

— ¡Ayúdenme! ¡Por el amor de Dios, socórranme!

Recuperados de la sorpresa, poco a poco nos fuimos acercando a aquel infeliz que temblaba de pies a cabeza y presa de pánico nos suplicaba que no lo matáramos.

¡Llámenle a la Cruz!

Paulatinamente lo fui tranquilizando; le dije que estábamos ahí para auxiliarlo, que pronto estaría bien. En eso estaba cuando un individuo, ya envalentonado y machete en mano, entró diciendo:

— ¿Verdad que es el diablo?

— ¡Qué diablo ni qué ojo de hacha! — contesté. — Suba nuevamente y llámele a la Cruz Roja para que manden una ambulancia.

La gente poco a poco se fue acercando para saber qué era lo que ellos habían supuesto era "El diablo".

Les pedí unas cobijas para tapar a aquel pobre hombre que no dejaba de temblar y por fin me llevaron algunos hilachos con los que lo cubrí, para comenzar a interrogarlo.

— ¿Qué le pasó? — le pregunté.

— Pues verá mi jefecito... Y así se inició la historia que me contó:

Rubén Vera y López

"Entré a una cantina que se encuentra en la calle de Guerrero a tomarme una copita, pues el frío estaba rete duro. Ahí me encontré a un cuate que se me acercó y con él empecé a platicar.

Al poco tiempo nos sentimos grandes amigos por lo que acordamos ir un rato a un cabaret que se llama "Atzimba" no lejano del lugar donde estábamos.

Salimos a la calle y no habíamos caminado ni dos cuabras cuando se nos acercó un automóvil de donde bajaron dos tipos mal encarados que se dijeron policías; pistola en mano nos obligaron a subir al coche en el asiento trasero, acompañados de uno de ellos. Dirigiéndose a mi compañero le dijeron:

— ¡Nos vas a decir dónde está el dinero que robaste ¡Hijo de perra! ¿Acaso crees que nos vas a ver la cara de idiotas? — le increpó un policía

¡Llámenle a la Cruz!

— ¡No te hagas pendejo! — intervino otro
— ¡Sabemos que tú lo robaste! Así que
será mejor que nos lo digas, si no te va a
cargar la chin...

Dirigiéndose a mí me preguntaron si yo
sabía algo, a lo que contesté que acababa
de conocer a ese señor en la cantina y que
ignoraba todo lo que pasaba. Estoy seguro
de que me creyeron porque ya no me dije-
ron nada y, además, me dio la impresión
de que ya se conocían.

—¿Pa' dónde jalamos? — preguntó el que
iba al volante.

—Vete rumbo de la carretera a Cuernava-
ca, allá lo vamos a hacer hablar a como dé
lugar — le contestó el otro hombre.

Enfilamos por la calzada de Tlalpan hasta
llegar a la carretera; durante el trayecto lo
fueron golpeando y amenazado de muerte.
Por fin se detuvo el auto y me di cuenta de
que estábamos en "El Mirador", lugar que
ya conocía.

Rubén Vera y López

— ¡Encuérate! — le gritaron al mismo tiempo que le jalaban la ropa. Estaba haciendo mucho frío, era diciembre y cuando ya estaba como dios lo echó al mundo, lo sacaron a empellones del auto y comenzaron a golpearlo nuevamente.

— ¡Confiesa, desgraciado! nos conoces bien y sabes de lo que somos capaces de hacer. Con que dinos: ¿Dónde está la lana?

— ¿Cuál lana? — contestó. — ¡Hagan lo que les dé la gana, hijos de perra! ¡Si quieren mátenme; no les diré nada!

A continuación lo agarraron de los pelos y lo llevar hasta la orilla del barranco.

— ¡No! ¡No diré nada!

Se oyó un disparo... El hombre se tambaleó y de un empujón cayó a lo profundo de la barranca. Los hombres regresaron al automóvil.

— ¡Vámonos! — dijo uno de ellos.

¡Llámenle a la Cruz!

Bien — contestó el otro — pero, ¿Qué vamos a hacer con éste? — replicó, señalándome.

— Pues por ahí lo dejamos — fue la respuesta.

— ¡Imposible! ¿No ves que nos delatará? Además, ¡Nos puede identificar!

— ¡Tienes razón! — reflexionó el hombre, quien después de un rato de silencio me gritó: ¡Encuérate! Y apuntándome con la pistola me comenzaron a jalonear la ropa hasta que yo mismo me fui desnudando pensando que, si cooperaba, probablemente me perdonarían la vida...

— ¡Por Dios jefecitos! — pude balbucear — ¿Qué también a mí me van a matar? ¡Yo no he hecho nada! ¡Por favor, tengo mujer e hijos! — supliqué.

— ¡Ya cállate! — dijo uno de ellos, y volviéndose al otro le preguntó: ¿Qué hacemos?

Rubén Vera y López

— ¡Mételo a la cajuela! Nos vamos rumbo a la carretera de Toluca para que crean que son casos distintos.

Me bajaron del auto y me encerraron en la cajuela. Durante lo que me pareció una hora me llevaron por no sé qué rumbo. Tenía mucho miedo y casi me moría de frío. Por fin el auto se detuvo. Abrieron la cajuela y tomándome por los brazos, me sacaron. Estaba muy oscuro y sentí el aire helado; nuevamente les pedí clemencia, pero no me contestaron ni una palabra, probablemente les estaba remordiando la conciencia...

Me arrastraron a la orilla de un barranco, me obligaron a ponerme de pie e inesperadamente, escuché una fuerte explosión.

Sentí que caía. Rodaba sobre piedras y ramas secas hasta llegar al fondo. Perdí el conocimiento y, al recuperarlo, había un silencio sepulcral...

¡Llámenle a la Cruz!

Un fuerte dolor de cabeza del lado derecho me hizo llevar mis manos hacia ella y sentí que todo mi rostro estaba bañado en sangre, pero ¡Estaba vivo!

Me incorporé como pude; todo el cuerpo me dolía... En medio de esa obscuridad pude distinguir, a lo lejos, una pequeña luz. Me dirigí hacia ella tropezando y cayendo y al fin llegué. Se trataba de una humilde choza y, sin pensarlo, me introduje en ella para pedir auxilio, pero sus moradores, al verme, salieron despavoridos con el pánico reflejado en sus rostros y aullando de terror".

Hasta aquí el relato de ese infeliz, pues en ese momento se escuchaba el ulular de la sirena que había llegado.

Lo acomodamos en la camilla y, tras penoso ascenso de la barranca, llegamos al borde de la carretera donde esperaba la ambulancia. Ya adentro de la ambulancia nos dimos cuenta de que el disparo de los

Rubén Vera y López

asesinos sólo le había arrancado la oreja derecha y que, creyendo que le habían dado en la cabeza, lo dieron por muerto...

Antes de que arrancara la ambulancia rumbo al hospital, di instrucciones a los socorristas para que al llegar enviaran equipo de rescate al sitio denominado "El Mirador", sobre la carretera a Cuernavaca, y yo me dirigí a la delegación policíaca de Tlalpan a cuyo Agente del Ministerio Público le conté lo ocurrido, pidiéndole autorización y compañía en caso de que fuera cierto el relato de aquel sujeto que habíamos rescatado.

Con cierto recelo e incredulidad aceptó ir a dar fe, más por curiosidad que por convencimiento.

Al llegar a "El Mirador" ya nos estaba esperando el equipo de rescate y se procedió a bajar a la barranca. Después de una hora de intensa búsqueda, cuando pensábamos que habíamos sido engañados y

¡Llámenle a la Cruz!

recibíamos incriminaciones del Agente del Ministerio Público, apareció el cadáver que fue inmediatamente izado para colocarlo en una camilla y trasladarlo a la Delegación de Tlalpan.

Mientras tanto yo regresé al hospital de la Cruz Roja y cuál sería mi sorpresa al enterarme de que aquél que habían confundido con el diablo, había fallecido víctima de una pulmonía fulminante.

¡Llámenle a la Cruz!

Choque

El sábado 21 de febrero de 1953 me encontraba en la comandancia atendiendo los teléfonos de emergencias cuando recibí una llamada de auxilio hecha por un policía de nombre Benjamín Luna Sánchez, placa No. 2727 quien me informó con voz entrecortada por la emoción que, en un poblado llamado "La Venta" rumbo al Desierto de los Leones, habían chocado de frente dos tranvías, por lo que se requerían urgentemente los servicios de la Cruz Roja.

En aquel momento, que serían como las ocho de la noche, no había ninguna ambulancia en el hospital, pues todas estaban en servicio.

Inmediatamente abordé mi automóvil y, con tres socorristas, salí al lugar del accidente, no sin antes dejar instrucciones de

Rubén Vera y López

que, tan pronto como regresaran o se reportaran las ambulancias, las enviaran a ese sitio.

Al llegar al lugar del accidente, estaba muy oscuro; sólo se oían gritos de dolor pidiendo auxilio; quejidos y llanto por doquier. Con mi lámpara en mano, haciendo un pequeño recorrido, me percaté de la gravedad de la situación, por lo que corrí a otro caserío llamado "Belén de las flores" donde había un teléfono para comunicarme al hospital.

Al mando del Comandante Víctor M. Trueba, Jefe del Cuerpo de Ambulancias, empezaron a llegar ambulancias conducidas por los Tenientes Manuel Velázquez, Ernesto Fernández, Ángel Robles, Manuel Zendejas, Filemón Silva, Gabriel Alamillo, Pedro Heredia, Mario Fernández, Ernesto Fernández y Alonso Cortés, además de automóviles particulares del Servicio Motorizado a mando (en ese entonces yo había ascendido a Jefe de la Sección Mo-

¡Llámenle a la Cruz!

torizada), 14 médicos y una nube de paramédicos al mando del Doctor Edmundo Ángeles, con suficiente equipo y medicinas para atender los casos de más urgencia en el lugar de los hechos.

Con una planta de energía eléctrica movida con motor de gasolina del equipo de la Cruz Roja, se alumbró el lugar y se pudo dar principio a la obra de salvamento.

El panorama era aterrador; por todos lados estaban regados, como en un campo de batalla, cadáveres o heridos clamando para que se les atendiera.

Al estar revisando qué cuerpos tenían vida, para ordenar su traslado inmediato, me encontré con el impresionante cadáver de una mujer de cuyo vientre salía la manita de su hijo por nacer y que acompañó a su madre en su viaje a la eternidad.

Cuando llegué al lugar del accidente había yo visto una persona que permanecía den-

tro del tranvía en actitud contemplativa. Tiempo después, al pasar por el mismo lugar, que ya estaba más alumbrado, lo volví a ver y, pasando por ahí una tercera vez, me percaté que seguía en la misma posición, por lo que intrigado subí nuevamente al tren y abriéndome paso entre los hierros retorcidos llegué hasta donde estaba y cuál sería mi sorpresa al ver que el pobre hombre estaba atravesado de lado a lado, a la altura del pecho, por un tubo del mismo tren y eso era lo que lo había mantenido en pie...

Fue traumático y aterrador el rescate de aquel infeliz, pues el extraer de su cuerpo aquel tubo era una sensación inenarrable; me daba la impresión, cada vez que jalaba el cuerpo para desprenderlo, de que le causaba dolor, no obstante saber que había muerto instantáneamente.

El ir y venir de las ambulancias y automóviles de emergencia provocó que se formara una larga fila de personas en todo el

¡Llámenle a la Cruz!

camino que conducía al hospital, preguntándose el motivo de aquel movimiento de emergencia tan espectacular.

Al terminar el rescate, regresé al hospital; el cuadro era dantesco, pues además de tener las salas saturadas, en los pasillos y patios habían colocado a los heridos en camillas y los médicos no se daban a vasto para atender aquello que se parecía a los sitios que se improvisaron en la Guerra Mundial.

El balance trágico de aquel accidente, provocado por un error del despachador, fue de cincuenta y seis personas muertas, sesenta y dos heridas, de las cuales nueve perecieron posteriormente debido a la gravedad de sus lesiones.

Fue así como recuerdo aquella noche trágica, predominando en mi mente aquella manita que salía del vientre de su madre y aquel caballero que se sostenía de pie entre un montón de hierros retorcidos.

Rubén Vera y López

¡Llámenle a la Cruz!

El Encostalado

Por los años 50's trabajaba en una agencia de automóviles llamada "Comexa" que estaba ubicada en la Avenida Insurgentes a la altura de la Estación de Ferrocarriles Nacionales de México donde me desempeñaba como vendedor de automóviles nuevos, profesión a la que dediqué toda mi vida a partir de esos años.

Trabajaban también aquí, como cobradores, dos personas cuyos nombres no recuerdo, pero que identifiqué perfectamente por el drama que protagonizaron... ¡Esta es la historia!

Uno de ellos era un hombrecillo como de 65 años de edad, bajito de estatura, delgadito, de modales finos y muy respetuoso, al que llamaré "El Viejito"; el otro era como de 40 años, chaparro, fortachón, de pelo hirsuto, muy moreno y que en sus

Rubén Vera y López

horas libres, por ser muy devoto, ayudaba al sacristán de una iglesia cercana a su casa; motivo por lo cual le decían "El Sacristán".

Todas las tardes se reunían en la oficina para entregar en la caja los cobros realizados y a la vez recibir la relación de lo que cada uno tenía que cobrar al día siguiente.

Un día después de salir a cobrar, "El Viejito" no regresó; pasaron las horas y al día siguiente se temió que hubiera sido víctima de un asalto por lo que se dio aviso a la policía para que iniciara la investigación correspondiente.

Dentro del personal de la compañía había mucha preocupación por aquel viejito, pues era muy estimado por todos, pero quien más angustiado estaba era su compañero de trabajo "El Sacristán" quien a todas horas preguntaba por "Su compadrito" como él lo llamaba.

¡Llámenle a la Cruz!

Al paso de las horas y los días "El Sacristán", lágrimas en los ojos, preguntaba si ya se sabía algo de querido compadrito.

— ¡Dios lo proteja y lo cuide! — decía — Tengo seguridad de que regresará sano y salvo, pues yo le rezo a la Virgencita para que no le pase nada... ¡Que Dios lo bendiga! — clamaba sacando su pañuelo para limpiar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Al tercer día se recibió en la compañía un aviso de policía que notificaba haber encontrado en la periferia de un pequeño poblado llamado Río Hondito, en el Estado de México, un cadáver cuya descripción se asemejaba a la que se había dado en el acta que se levantó en la Jefatura de Policía y nos solicitaban que fuéramos a la ciudad de Toluca para identificar el cadáver.

El Sr. Garduño, Gerente de la compañía, me suplicó que fuera yo a ver si se trataba de nuestro cobrador ya que según me dijo,

Rubén Vera y López

yo estaba familiarizado con esos casos, por ser miembro de la Cruz Roja.

Accedí a la petición y esa misma tarde me preparé para salir a la ciudad de Toluca.

Al saber "El Sacristán" que se había localizado el cadáver y que yo iba a ver si se trataba de "El Viejito", suplicó que lo llevara conmigo, junto con su hermano, para saber si se trataba de su querido compadrito.

Al filo de las cinco de la tarde salimos "El Sacristán", su hermano y yo rumbo a Toluca; durante todo el camino "El Sacristán" no dejaba de rezar pidiéndole a Dios que no fuera a ser su compañero, pues él había pedido a la Virgencita que no le pasara nada y demostraba tener mucha fe en que no sería la persona que íbamos a identificar.

Llegamos a Toluca como a las seis treinta y nos dirigimos a la Inspección de Policía, en donde explicamos el objeto de nuestra

¡Llámenle a la Cruz!

presencia; de ahí nos enviaron junto con un policía a una casona que se encontraba en las orillas de la ciudad y que les servía como depósito de cadáveres.

Al acercarnos al cadáver, grande fue nuestra sorpresa al confirmar que, en realidad, sí se trataba de la persona que estábamos buscando; presentaba un horrible tajo en el cuello que por poco le cercena la cabeza; horriblemente blanco, como si fuera de cera.

"El Sacristán", al ver el cadáver, se abalanzó sobre él abrazándolo y estrechándolo sobre su pecho, llorando como un chiquillo.

La escena era conmovedora, al grado que su hermano haciendo gran esfuerzo, lo separó de aquel cuerpo inerte, lo sacó del lugar para que no siguiera viendo a su compadrito y se calmara un poco, pues eran alaridos de dolor los que emitía.

Al quedarme sólo con el cadáver, el policía que nos acompañaba me explicó que lo habían encontrado dentro de un costal horriblemente degollado, con las piernas quebradas hacia adelante a la altura de las rodillas quedando como "Pollo rostizado" (expresión del poli) para poderlo encostalar y tirar en un cuarto de adobe derruido y abandonado a una distancia aproximada de 100 metros de la carretera. Posteriormente me enseñó el costal en que lo habían metido junto con muchos trapos que habían puesto alrededor del cuerpo para aparentar que era ropa vieja, así como algunos jarros y cazuelas de barro puestas al final del costal para disimular el macabro paquete.

Moviendo con el pie entre aquella ropa ensangrentada y sucia, encontré un pantalón oscuro bastante viejo, sucio y ensangrentado. Tenía una etiqueta, que ponen en las tintorerías para identificar a los dueños, cosida atrás de la bolsita para morralla que tienen los pantalones.

¡Llámenle a la Cruz!

Tomé el pantalón para ver la mencionada etiqueta y, a duras penas, pude leer:

“Nardo No. 16”.

Esa dirección me fue familiar, pero por más que intenté, no pude recordar dónde la había visto u oído.

Regresamos a la Inspección de Policía para informar que, efectivamente, se trataba de la persona que se había reportado como desaparecida.

Al regresar rumbo a México, ya era de noche; “El Sacristán” no dejaba de sollozar y maldecir a los asesinos de “El Vieji-to” y me preguntaba si la policía había encontrado alguna pista para detener a los asesinos, a lo que respondí negativamente.

En el preciso momento en que le iba a contar sobre la dirección que vi en el pantalón, recordé que era donde vivía “El Sacristán”, pues dos años antes nos había invitado a su casa a comer carnitas para

Rubén Vera y López

festejar su cumpleaños. Sentí un vuelco en el estómago al presentir que viajaba con los dos presuntos asesinos...

Comencé a sentir mucho miedo ante la insistencia de "El Sacristán" que me preguntaba mi opinión sobre el crimen, a lo que yo solamente contestaba que no tenía idea de cómo pudo haber pasado.

Por fin llegamos a la Ciudad de México y, con pretexto de tener un asunto urgente, los dejé sobre la Avenida Insurgentes, aunque ellos querían que los llevara hasta su casa... Al otro día me presenté en mi trabajo desde donde nos comunicamos a la Jefatura de Policía para confirmarles que, efectivamente, el cadáver pertenecía a la persona que habíamos reportado como desaparecida.

Al poco rato llegaron dos agentes del Servicio Secreto a quienes informé de mi hallazgo diciéndoles que atrás de la bolsita que tienen los pantalones en la cintura para guardar monedas, estaba escrita la direc-

¡Llámenle a la Cruz!

ción del dueño y que ésta pertenecía precisamente al domicilio de "El Sacristán".

Me indicaron que no dijera esto a nadie para iniciar las investigaciones.

Durante tres días, los detectives permanecieron en la Compañía, haciéndose pasar por clientes, pues sospechaban que el mentado "Sacristán" tenía algunos cómplices dentro de las oficinas; incluso sospechaban de una de las cajeras que platicaba regularmente con él.

"El Sacristán" seguía trabajando normalmente; recogía por las mañanas la documentación por cobrar y en la tarde regresaba para rendir cuentas de lo que había cobrado vigilado constantemente por los detectives, de lo cual se daba cuenta.

Por fin, al tercer día, me comentó uno de los policías que ya lo iban a aprehender y que habían constatado que dentro de la Compañía no tenía cómplices. Y así fue que, cuando bajaba por las escaleras de las

Rubén Vera y López

oficinas para cobranza diaria, uno de los detectives se le encaró, tapándole el paso y, señalándolo, le dijo:

— ¡Tú lo mataste! ¡Tenemos pruebas de que tú fuiste!

"El Sacristán" se puso pálido, le temblaban las piernas, se apoyó en el pasamanos de la escalera pues estaba punto de derrumbarse; agachó la cabeza y murmuró:

— Sí, fui yo...

Los agentes lo tomaron de los brazos y lo condujeron hasta una patrulla que esperaba enfrente de la compañía ante el estupor de todos los empleados que no podían creer lo que estaba sucediendo.

Durante el interrogatorio a que fue sometido, "El Sacristán" narró lo siguiente: "Hace tiempo tenía muchos deseos de visitar a la Virgencita de Zapopan junto con mi esposa, pero no tenía dinero, así que pensé en robar a la empresa donde laboraba fingiendo un asalto, pero tuve

¡Llámenle a la Cruz!

miedo de que algo saliera mal, por lo que deseché esa idea. Después pensé en robar la cobranza de mi compadrito, pero, ¿Cómo?...

Fue así como finalmente elaboré un plan que me pareció perfecto...

Una tarde en que estábamos haciendo la relación de lo cobrado le dije a mí compadrito:

— ¿Qué te parece si en lugar de venirnos a la compañía pasamos a mi casa y ahí hacemos juntos la relación de la cobranza? Tomaremos un cafecito que nos prepare mi vieja y después regresaremos a la compañía con todo terminado, ¡Nada más para entregarlo!

— Está bien — me dijo — pero, ¿Cómo le hacemos?

— Mira, nos quedamos de ver en determinado sitio a las tres de la tarde y de ahí nos venimos a mi casa, ¿De acuerdo?

Rubén Vera y López

— Sí — respondió "El viejito", — mañana nos ponemos de acuerdo de dónde nos vamos a ver.

A la mañana siguiente le recordé lo que habíamos planeado, antes de salir cada quien por su rumbo. Esa misma mañana le dije a mi esposa que había recibido un telefonema de una pariente que vive en Cuautla y que me avisaba que vendría a la Capital y que se quedaría a dormir con nosotros. Le comenté que no quería que esa pariente se quedara con nosotros, pues era una mujer "De mala vida", además tendría que hacer el balance esa noche por lo que iba a salir muy tarde.

Le propuse llevarla a un hotel a pasar la noche para que, cuando llegara mi pariente no nos encontrara en casa y se fuera a casa de unas amigas que tenía.

Esa misma mañana la llevé al hotel "El Chopo" y le dije que al día siguiente pasaría por ella para llevarla de regreso a casa.

¡Llámenle a la Cruz!

A las tres de la tarde nos encontramos mi compa y yo en el lugar que habíamos acordado y nos dirigimos directamente a mi casa. Al llegar y no encontrar a mi esposa me preguntó por ella, a lo que le contesté que probablemente habría salido por ahí cerca y no tardaría en regresar.

Nos sentamos a la mesa y cada quien abrió su portafolios para sacar el dinero, contar-lo y hacer su relación.

— ¿Cuánto dinero cobraste en efectivo?
— le pregunté.

— ¡Muy poco!... Diez mil pesos; casi todo me lo pagaron en cheques.

Me dio coraje... Pero no dije nada. Era muy poco dinero así que pensé en esperar al otro día.

Regresamos a la compañía con el trabajo hecho, nada más para entregarlo.

— ¿Verdad que es mejor así? — le pregunté. — ¡Salimos más temprano!

Rubén Vera y López

— Es verdad — contestó "El viejito" — mañana haremos lo mismo y así tendré el gusto de saludar a tu señora.

Después de despedirnos fui al hotel donde estaba mi esposa y le dije que mi pariente había hablado nuevamente por teléfono para decirme que, debido a algunos problemas, no le había sido posible emprender el viaje, por lo que llegaría la tarde del día siguiente. Le volví a proponer que se quedara la noche siguiente en el hotel, a lo que ella accedió.

Por la mañana recogimos la documentación por cobrar y nos despedimos quedándonos de ver a la misma hora en el sitio acordado.

Como a las tres de la tarde nos encontramos y nos fuimos rumbo a mi casa. Al llegar nos dispusimos a hacer nuestra relación y nuevamente le pregunté:

— ¿Cuánto cobraste en efectivo, compadrito?

¡Llámenle a la Cruz!

— ¡Cómo ciento cincuenta mil pesos, compadre! Ahora sí es bastante, ¿Verdad?

Ahora sí vale la pena — pensé. Y sin más, me encaminé a traer un martillo que tenía en mi cuarto.

Cuando regresé lo encontré sentado y escribiendo; me coloqué detrás de él y le di un martillazo en la cabeza.

Al sentir el golpe, se medió levantó de la silla y volteó a verme con una expresión de sorpresa...

Inmediatamente lo agarré con mi brazo por el cuello y lo arrastré hasta la cocina; no prestó resistencia alguna, pues el golpe lo había atontado. La sangre le brotaba de la cabeza cubriéndole el rostro.

Abrí un cajón y saqué un cuchillo y, aunque hizo un leve esfuerzo para defenderse, pude enterrarle el cuchillo en el cuello para después rebanarlo; salió un borbotón de sangre...

Rubén Vera y López

Lo arrastré hacia el baño; todavía se movía y me veía de una forma muy extraña. Ahí lo dejé tirado mientras iba por una reata, lo amarré de un pie y lo colgué del tubo de la regadera para que siguiera desangrándose.

Después de lavarme y cambiarme de ropa, me regresé al trabajo para entregar mi cobranza. Al salir de la oficina me encaminé a la merced a comprar un costal y unas cazuelas de barro para disimular la carga.

Regresé a mi casa, descolgué al muertito y, para meterlo en el costal, le tuve que quebrar las piernas hacia adelante, quedando, como dijo el poli, ¡Como pollo rostizado!

Le metí trapos alrededor para disimular su cuerpo y hasta arriba le puse las cazuelas para que pareciera un bulto con cosas domésticas. Ya que terminé de encostalarlo, limpié perfectamente toda la casa y me fui a dormir.

¡Llámenle a la Cruz!

A la mañana siguiente, muy temprano, salí con el bulto para conseguir un taxi y el mismo chofer me ayudó a meterlo en la cajuela.

Al llegar a Río Hondito me bajé del auto echándome el bulto al hombro y caminé hasta llegar a esa choza, la cual ya había visto antes, y ahí lo dejé.

La verdad no sé cómo me cayeron...

Yo tenía la seguridad de que nunca lo sabrían...

Pensaba que era un crimen perfecto... "

"El Sacristán" fue sentenciado a varios años de prisión; y a la fecha no sabría decirles si todavía está en la cárcel o ya murió.

¡Llámenle a la Cruz!

Amor... ¿De Padres?

La noche empezaba a tranquilizarse después de repetidas llamadas de auxilio. La mayoría de los socorristas se habían retirado a dormir cansados de la ardua labor desarrollada durante toda la noche; el silencio en el hospital era interrumpido de vez en cuando por el ulular de la sirena de alguna ambulancia que regresaba con algún accidentado.

De pronto el teléfono comenzó a repiquear; descolgué el auricular y contesté:

— ¡Cruz Roja a sus órdenes!

— ¡Por favor señores, por lo que más quieran! Vengan inmediatamente, se los ruego! — y empezó a sollozar.

Era la voz de una anciana.

— ¡Cálmese señora! — le contesté. — ¿A dónde requiere nuestros servicios?

Rubén Vera y López

— ¡Aquí, por favor! — dijo llorando, casi sin poder hablar por más esfuerzos que hacía.

— Señora, ¡Cálmese y dígame la dirección!

— Frente al Colegio Militar, ¡Por el amor de Dios! — clamaba la anciana.

— ¿Qué pasó ahí? — pregunté.

— ¡Por piedad! — contestó seguido de un acceso de tos y llanto.

Ya no pregunté más; colgué el teléfono y, apremiado por esa voz que imploraba tan desesperadamente auxilio, rápidamente me dirigí a la ambulancia para salir al sitio que se me había indicado.

En ese tiempo el Colegio Militar estaba ubicado sobre la calzada que conducía al pueblo de Tacuba; enfilé por la avenida Insurgentes hasta llegar a la calle de San Cosme, misma que cambiaba de nombre al pasar el Río Consulado y se transformaba en la Calzada México Tacuba.

¡Llámenle a la Cruz!

En aquél entonces era un camino asfaltado pero muy estrecho; tendría como siete metros de ancho.

A medida que avanzábamos, el despoblado era mayor, sólo había unas cuantas casas y chozas a la orilla del camino.

Llegamos al Colegio Militar y no vimos nada; de pronto a unos cuantos metros más adelante y al amparo de los faros de la ambulancia, vimos a dos personas hincadas y abrazadas una a la otra que lloraban lastimeramente junto a un pequeño cuerpo que yacía cubierto con un rebozo viejo y raído.

Se trataba de dos ancianos como de sesenta y cinco y setenta años de edad, de clase muy humilde con aspecto de campesinos; matrimonio de aquellos tiempos que duraban hasta la muerte.

La tristeza de ese cuadro me inundó profundamente y supuse que aquél pequeño

Rubén Vera y López

cuerpo podría ser de un niño pequeño, tal vez nieto de aquellas personas.

— ¡La atropelló un camión! ¡Maldito sea!

— gritaba el anciano.

— ¡Cúrenla por favor! — sollozaba la anciana.

Nos inclinamos sobre el cuerpo y, al quitar el manto que lo cubría: ¡Sorpresa!

— Ja, ja, ja... rió un socorrista — ¡Es un perro!

— ¡Cállate, imbécil! — le increpé.

Afortunadamente los ancianos no escucharon el comentario. Por el dolor que les causaba, comprendí que para ellos era como una hija aquella perrita que se quejaba lastimeramente.

— ¡Traigan la camilla! — ordené

— Sí, jefe — respondió sorprendido el socorrista y, poniendo manos a la obra, la subimos a la ambulancia junto con los dos

¡Llámenle a la Cruz!

ancianos y partimos rumbo al hospital con sirena abierta.

En el trayecto de regreso pensaba y estaba consciente de la grave falta que estaba cometiendo, tanto a las reglas de la institución como a las de la Secretaría de Salubridad y Asistencia; falta que tal vez me costaría ser dado de baja de la Cruz Roja, así como un castigo por parte de la Secretaría de Salubridad; pero al mismo tiempo me justificaba a mí mismo aduciendo que no podía dejar abandonados a ese par de ancianos con su perrita herida de muerte y lo menos que podrían tener era el consuelo de que había sido debidamente atendida.

Llegamos al Hospital y, dirigiéndome a los socorristas les dije: "¡Tápenla con la sábana, llévenla hacia la sala de emergencias, pero no entren en ella, sólo lleguen a los pasillos y ahí déjenla!".

Y así fue, bajaron la camilla y pasaron por la sala de espera en donde fueron detenidos los ancianos, diciéndoles que no podían pasar por lo que tendrían que esperar

Rubén Vera y López

ahí, como todas las demás personas, las que no se percataron de lo que entraba en la camilla, en virtud de que iba cubierta con una sábana.

Inmediatamente me dirigí a la sala de emergencia a buscar al Doctor Edmundo Ángeles, quien hacía mucho honor a su apellido y se desempeñaba como Jefe de Médicos en ese turno.

Al encontrarlo le dije:

— Doctor, traigo un problema y quiero que me ayude a resolverlo.

— ¡Claro que le ayudo! — me contestó—
¿Cuál es su problema?

— Pues, sucede Doctor que telefónicamente una anciana pidió auxilio a la Cruz Roja, pero por tanto llanto sollozo sólo pude entender que estaba frente al Colegio Militar; al llegar al sitio indicado — proseguí — me encontré con dos ancianos que lloraban desconsoladamente junto al cuerpo de lo que resultó ser una perrita.

¡Llámenle a la Cruz!

Era tanto el dolor de esas personas al suplicar atención que no pude negarme a auxiliarlos y, pues, me los traje hospital...

— ¡Hizo muy bien! — me contestó, y no me sorprendió su respuesta ya que era conocido por su bondad, que hacía de su profesión un verdadero sacerdocio, aparte de ser todo un caballero y un ejemplo a seguir para todos los médicos que laboraban en el hospital.

— ¿En dónde están? — me preguntó.

— Los ancianos, en la sala de espera; la perrita, la pasé a uno de los corredores.

— Vamos a verla — me dijo.

Me dirigí hacia donde la habían dejado los camilleros seguido por el Doctor Ángeles, quien al llegar se hincó junto a la camilla que había sido depositada en el suelo. La descubrió y empezó a revisarla cuidadosamente.

— Mire — me dijo, — la rueda le pasó en la parte trasera despedazándole las caderas y, además, debe tener estallamiento de

vísceras; no entiendo cómo no se ha muerto todavía. ¡El animal agoniza! No hay nada que hacer por él. En el mismo rumbo — prosiguió — como coincidencia, allá en Tacuba, hay una casa que recoge a los animales heridos, desvalidos o enfermos y, en el caso de encontrarlos sin remedio, ellos mismos los inyectan para que dejen de sufrir ¿Por qué no lo llevan para allá?

— Muy bien doctor — respondí — ¡Allá la voy a llevar!

Estoy seguro que el Doctor Ángeles, en caso de que la perrita hubiera tenido oportunidad de vivir, la hubiera intervenido quirúrgicamente.

Salió el doctor conmigo a la sala de espera y, dirigiéndose a los ancianitos, les dijo:

— Vamos a trasladar a su perrita a un hospital especializado en animales, donde podrán mejorar la atención, en virtud de que cuentan con veterinarios muy competentes

¡Llámenle a la Cruz!

— ¿Sanará doctor? — preguntó la anciana ansiosamente.

— Tal vez... — contestó el doctor y, pasando los brazos sobre el hombro de los ancianos, los acompañó hasta la ambulancia en la cual ya se encontraban los socorristas y la perrita.

Salimos nuevamente rumbo a Tacuba al asilo para animales

Al llegar ahí fuimos atendidos por un veterinario quien nos dijo que la iban a inyectar porque no tenía remedio.

Al salir le recomendé al médico que fuera piadoso al dar la noticia a los dueños de la perrita, los cuales esperaban en un pequeño recibidor.

Me fui a despedir de ellos.

— ¿La salvarán señor? — me preguntaron.

— No lo sé... — les contesté — tal vez...

— murmuré.

Rubén Vera y López

Al ver a ese par de ancianos tan desolados, las lágrimas brotaron de mis ojos y se me hizo un nudo en la garganta.

Salí de aquel asilo; el aire fresco de la madrugada me reconfortó un poco... Regresamos al hospital tratando de olvidar y dejar atrás esa tragedia y no volver a saber más de aquel par de buenas personas...

¡Llámenle a la Cruz!

La Voz de Ultratumba

Aquel sábado llegué como de costumbre a las siete de la noche; había estado lloviendo desde las cinco de la tarde. Era una lluvia ligera y pertinaz de esas que les llaman "chipi, chipi" y que, por lo regular, duran toda la noche. Era por eso que las llamadas de auxilio fueron disminuyendo, pues con ese tiempo la gente prefiere quedarse en casa y, al no salir, no está expuesta a sufrir accidentes, asaltos o pleitos; lo que se incrementa un poco son los accidentes de tránsito: choques de automóviles y atropellados, así que, esporádicamente, salían nuestras ambulancias a cubrir esos servicios.

Fue una noche como otra cualquiera. En el reloj marcaban las dos de la madrugada; poco a poco se iban retirando los socorristas a dormir y la calma volvía a reinar en el hospital. Decidí retirarme a descansar y

Rubén Vera y López

me dirigí a la comandancia de guardia donde solamente estaban dos telefonistas que, melancólicamente, tomaban café.

Al verme me invitaron una tacita:

— ¡No gracias! — les contesté — solamente vine a desearles buenas noches...

— ¿Ya se retira jefe?

— Sí, ya es muy tarde; además parece que ya se calmó el servicio.

— ¡Así es jefe! Que le vaya bien, que descanse...

— Gracias muchachas, ¡Buenas noches!

Atravesé el patio y me dirigí a las oficinas del ministerio público para despedirme del licenciado que estaba en turno con el cual tenía buena amistad:

— Ya me voy Lic. ¿Tú gustas?

— ¡Gracias! — me contestó — pero todavía tengo mucha chamba — y agregó— espérame, quiero que me acompañes al

¡Llámenle a la Cruz!

depósito de cadáveres para tomar datos de un muerto que ahí tenemos.

— Está bien — le contesté — vamos pues...

Salimos de la oficina y nos dirigimos hacia la morgue. Poco antes de llegar se detuvo y me dijo:

— Se me olvidó traer unos papeles; voy por ellos y ahorita regreso.

Yo seguí hasta llegar a la entrada de dicha sala; bajé por las angostas escaleras pues se encontraba en el sótano del hospital y abrí la puerta de fierro que daba acceso a donde se encontraban los cadáveres.

Era un cuarto como de aproximadamente ocho metros de largo por cinco de ancho; en él había cuatro mesas de cemento y sólo una de ellas estaba ocupada.

En un rincón había un bulto de ropa ensangrentada unos zapatos viejos que, probablemente pertenecieron a alguna persona humilde y cuyo cadáver debieron haber

Rubén Vera y López

llevado al SEMEFO de la Procuraduría para hacerle la autopsia de rigor.

El cuarto era húmedo y frío; estaba débilmente alumbrado por un sólo foco. Un silencio sepulcral envolvía el ambiente. Me acerqué hacia el cuerpo. Era un hombre como de cuarenta y cinco años de edad, de complexión robusta y que, por las ropas que portaba se presumía que pertenecía a la clase acomodada. A este hombre le habían dado un balazo en el pecho y ya tenía como cuatro horas de haber muerto.

Con el objeto de facilitarle al Lic. su labor, tomé del brazo al cadáver para voltearlo, pues se encontraba boca abajo.

Al jalarlo, salió de sus labios un ruido gutural que a mí me pareció una palabra...

Lo solté impresionado... Sentí que todo el cuerpo se me erizaba. ¡El pánico me invadió!... Corrí hacia la salida. Las piernas las sentía pesadas. Desesperadamente abrí la puerta y empecé a subir las escaleras y, no

¡Llámenle a la Cruz!

obstante los esfuerzos que hacía, sentía que mis movimientos eran en cámara lenta, como en alguna pesadilla que había tenido anteriormente.

¡Por fin! ... después de un tiempo que se me hizo una eternidad salí al patio... Me recargué en la pared; estaba sofocado y el sudor corría por mi rostro. Las fuerzas me estaban faltando para sostenerme en pie. En ese momento llegó el licenciado quien, al verme así me preguntó:

— ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? — al tiempo que me sostenía por los brazos. — ¡Estás pálido! ¿Te sientes mal?

Tomando una profunda bocanada de aire le contesté:

— ¡Me habló el muerto!...

— ¿Que qué? — dijo el licenciado.

— Me habló el muerto — repetí.

— ¡Eso no es posible! ¡Estás loco? ¿Qué te dijo? — preguntó casi burlonamente.

Rubén Vera y López

— ¡No sé, no le entendí! Sólo oí que me habló.

— ¡No es posible! Ese señor hace horas que murió. Se te ha de haber imaginado.

— ¡No! ¡No se me imaginó! ¡Te lo juro!

— Cálmate — me dijo — vamos a bajar al depósito para que te cerciores de que lo que dices no es posible.

— ¡Está bien! — contesté — ¡Vamos pues!

El licenciado empezó a bajar la escalera lentamente y yo detrás de él; me di cuenta de que a él le empezaba a dar algo de miedo porque, al llegar a la puerta se detuvo algo indeciso, se volteó hacia mí y me dijo:

— ¿Estás seguro de lo que me dijiste?

— Sí — le respondí — No tengo por qué mentirte...

Me tomó del brazo y se quedó unos cuantos segundos parado frente a la puerta. Por fin se decidió; abrió la puerta, entramos y de repente se detuvo, dio un paso atrás;

¡Llámenle a la Cruz!

sentí que me apretaba fuertemente el brazo y se puso pálido y tembloroso.

— ¿Qué pasa Lic.? — le pregunté.

— ¡El muerto se ha movido!

— ¿Ya ve que no le he mentado? — contesté al tiempo que íbamos retrocediendo lentamente.

— Ese cadáver estaba boca abajo, yo así lo vi hace rato, ¿Cómo es posible que se diera vuelta?

Nos quedamos absortos un rato; en el rostro del licenciado se denotaba el terror. Reflexionando le dije:

— ¿Así que eso es todo? Yo pensé que lo habías visto moverse cuando entramos...

— No, no — dijo — no lo vi moverse, pero estaba boca abajo y...

— Yo lo volteé — dije — ¡No se volvió solo!

— ¿Así que tú fuiste?

Rubén Vera y López

— Sí — le contesté — pensé que cuando llegaras te facilitaría tomar los datos que necesitarías para hacer tu informe y, precisamente, cuando lo volteeé, fue cuando me habló.

— Vaya, vaya — dijo — A ver, cuéntame ¿Cómo estuvo?

Ya estaba más tranquilo y se le notaba un gran alivio.

— Pues verás, cuando entré lo vi boca abajo y, tomándolo del brazo lo volteeé y, en ese mismo momento, fue cuando lo oí que me habló.

Al licenciado se le iluminó el rostro y empezó a dibujar una sonrisa...

— Mira — me dijo — cuando tú jalaste el cadáver para voltearlo se le oprimió el pulmón y exhaló el último aire que conservaba; eso motivó el ruido en su garganta que tú pensaste, era una palabra.

Su razonamiento me pareció muy lógico.

— Entonces, ¿Eso fue lo que pasó?

¡Llámenle a la Cruz!

— Sí — me contestó — No hay otra razón.

— Pues mayúsculo susto que me llevé.

— Te confieso que ya empezaba a tener miedo; me contagiaste.

Empezamos a reírnos y a hacernos burla mutuamente

— Vámonos — le dije — no es correcto que nos estemos riendo frente del muerto.

Al salir al patio todavía caía la lluvia.

— Buenas noches licenciado — le dije estrechándole la mano — Creo que voy a tener pesadillas esta noche.

— Seguramente yo también — contestó — Que tengas buenas noches.

Al abordar mi automóvil para ir a casa todavía me temblaban las manos.

¡Llámenle a la Cruz!

¿Loco Yo? ¡Loco su M...!

Por aquel entonces se abrió una pequeña cafetería en un piso superior que estaba al frente del patio donde se estacionaban las ambulancias listas para salir a servicio.

Los socorristas estaban felices porque ahora sí tenían un lugar de esparcimiento donde podían reunirse a platicar sus experiencias; además los familiares de las personas lesionadas que recogía la Cruz Roja también tenían acceso a la cafetería en donde entre taza y taza de café esperaban noticias sobre el estado de salud de sus parientes o amigos.

La idea había sido del Comandante Víctor M. Trueba, jefe del Cuerpo de Socorristas del D.F. y la concesión se la dieron a una señora de nombre Margarita, que por su carácter, se había ganado el cariño de todos los socorristas.

Rubén Vera y López

Una noche, cuando charlaba animadamente con mis compañeros, se escuchó en los altavoces instalados en la cafetería:

— ¡Motorizado a servicio! ¡Personal para servicio!

El único motorizado que estaba en ese momento era yo, por lo que me levanté de la mesa y me dirigí a la Comandancia para recibir instrucciones referentes a dicho servicio.

— Habló una señora pidiendo auxilio pues uno de sus familiares tiene un ataque de locura — me dijo el jefe de guardia al mismo tiempo que me daba la dirección donde debería ir.

Al abordar mi automóvil junto con dos socorristas, se me acercó el Comandante Agustín Muñana y me preguntó:

— ¿A dónde es el servicio?

— En las calles de Vertiz — contesté.

— Me voy con ustedes y por ahí me quedo.

¡Llámenle a la Cruz!

— Con mucho gusto, jefe, suba usted.

El Sr. Muñana era el jefe de transportes; tenía muchos años de servir a la Cruz Roja y era muy estimado por el personal, así como por los medios de comunicación pues siempre estaba dispuesto a ayudar a los reporteros informándoles detalladamente sobre los casos que consideraba de interés para la nota roja periodística.

Pese a sus 68 años era muy dinámico; aunque ya poco salía en las ambulancias, siempre estaba dispuesto a salir cuando fuera un servicio importante. Tenía don de mando y, aunque era enérgico y no aceptaba bromas, en el fondo siempre fue amable y comprensivo con el personal de emergencia.

Al llegar a la casa donde nos habían solicitado el servicio nos franqueó la entrada una señora de edad avanzada.

— Pasen señores — nos dijo — sucede que los padres de mi nieto salieron de viaje de negocios y me lo dejaron encar-

Rubén Vera y López

gado, pero ya no lo aguanto ni puedo controlarlo. Padece de locura y a veces le da por ser agresivo.

Figúrense que hoy se salió a la calle completamente desnudo; afortunadamente unos vecinos que lo conocen, me lo trajeron.

Tengo miedo de que algo le pueda suceder, pues por mi edad no puedo evitar que se salga de la casa; quiero que lo lleven a algún hospital donde lo puedan cuidar, cuando menos hasta que mi hijo regrese.

— Señora — le dije — el único lugar donde lo podemos llevar es al manicomio de "La Castañeda".

— No importa — nos contestó con lágrimas en los ojos, — cuando regresen sus padres allá ellos que se hagan cargo de la situación.

Nos condujo hasta una pequeña recámara; ahí estaba sentado en la cama; era un joven como de 20 años, delgado con cara y expresión de niño; nos miró con indiferen-

¡Llámenle a la Cruz!

cia y siguió jugando con un objeto que tenía entre las manos.

— Fernando — le dijo la señora — estos señores han venido por ti para llevarte a pasear. Ve con ellos.

Se levantó, se dirigió hacia nosotros sin dejar de jugar con lo que traía en las manos y dócilmente se dejó llevar.

Después de tomar sus datos con la señora, nos dirigimos a mi automóvil para llevarlo al manicomio.

Al llegar, entramos por una puerta grande de madera, seguimos por un camino adoquinado en cuyos lados había árboles y pasto; al término de éste estaba una reja de fierro sin cerradura y, al fondo, una pequeña oficina que consistía en un mostrador y un escritorio. Al final de la oficina había una reja de fierro con cerrojos y candados, en cuyo interior se encontraban los asilados.

Rubén Vera y López

Fuimos recibidos por un anciano adormilado que, como uniforme, tenía un raído chaquetón de soldado y un viejo quepí. Le explicamos el problema y aceptó recibir al paciente.

Mientras llenaba a máquina una hoja de papel, con un sólo dedo y muy lentamente, sentamos al loquito en una banca donde también se sentó el comandante Muñana.

Después de un buen rato sonó el teléfono y el encargado contestó:

— Manicomio de La Castañeda a sus órdenes... Sí, aquí están. Ahí les hablan — nos dijo.

— Gracias — contesté — ¿Bueno?

— Hablamos de la Comandancia; tan pronto como terminen ahí pasen a la Colonia Portales, al número X de la calle Independencia.

— ¿Qué pasó ahí? — pregunté.

— Es una persona intoxicada y ahorita no tenemos ambulancia disponible.

¡Llámenle a la Cruz!

— Correcto, ¡Salimos al servicio! ¡Vámonos muchachos! — Ordené al mismo tiempo que le decía al encargado: — Ahí se lo dejamos, gracias y ¡Buenas noches!

Salimos apresuradamente sin darnos cuenta de que el Comandante Muñana se había quedado dormido; tampoco nos dimos cuenta de que el loquito, al vernos salir, nos siguió a cierta distancia y, cuando salió a la calle, nosotros ya habíamos arrancado a toda velocidad...

En el trayecto noté que solamente iban en el carro los dos socorristas, por lo que pregunté:

— ¿Y el comandante?

— Se ha de haber ido a su casa, pues vive por este rumbo...

Mientras tanto en el manicomio el encargado se comunicó al interior para solicitar que salieran los loqueros para hacerse cargo del "Loquito".

Rubén Vera y López

Salieron dos hombres con cara de simios que señalando al Comandante Muñana, preguntaron al encargado:

— ¿Es éste?

— Sí — contestó — Métnlo pa' dentro; lo trajeron los de la Cruz Roja.

Ni tardos ni perezosos, tomándolo por los brazos lo levantaron bruscamente; el Comandante Muñana despertó azorado sin coordinar todavía sus pensamientos.

— ¿Qué pasa? — preguntó mientras era conducido hacia la reja.

— No pasa nada — le contestaron los loqueros — Tú acompáñanos y no preguntes.

Lo jalaron hasta traspasar la reja y fue entonces cuando reaccionó el comandante.

— ¡Suéltlenme! — gritó volteando hacia la sala donde lo habíamos dejado percatándose de que ya no estábamos ahí; comprendió que se trataba de un error.

¡Llámenle a la Cruz!

Desesperadamente trataba de soltarse de aquellos hombres que lo arrastraban.

— ¡Soy el Comandante Muñana de la Cruz Roja! — gritaba.

— Sí, Comandante — le contestó uno de loqueros — Ahí adentro te espera tu General — seguido de una carcajada que fue coreada por los otros dos.

— ¡Llamen a la Cruz Roja por favor y pregunten! — clamó el Sr. Muñana.

— ¡Sí! ¡Cómo no! ¿Y de qué quieres tu nieve? — le contestaron sarcásticamente — ¡Jálale pa' dentro y cállate!

El Sr. Muñana se desesperó y empezó a tratar de soltarse; en el forcejeo, para su mala fortuna, uno de loqueros cayó al piso golpeándose en la frente. Lleno de ira se levantó y propinó al señor Muñana tremendo patadón en el trasero al mismo tiempo que otro de los loqueros tomó un balde de agua y lo bañó de pies a cabeza.

Rubén Vera y López

— ¡Llévenlo a la celda de castigo! — ordenó uno ellos — ¡A ver si ahí también es tan valiente!

Esas celdas eran de un metro por lado y estaban forradas por colchones que estaban destruidos casi en su totalidad; eran destinadas para los locos que sufrían de ataques furiosos y que, supuestamente, no podían hacerse daño, siendo lo contrario pues por todas partes asomaban los resortes haciendo dichas celdas más peligrosas para los pobres dementes que ahí eran castigados.

A punta de empujones lo metieron a la celda cerrando la puerta y dejándolo solo y hecho una sopa...

Mientras tanto llegamos a la dirección que nos habían dado y, efectivamente, una señorita había tomado bastantes pastillas de barbitúricos para escapar de este mundo a consecuencia de una decepción amorosa.

¡Llámenle a la Cruz!

La subimos al automóvil y rápidamente la trasladamos al hospital para su atención médica.

Como dos horas después, cuando ya estaba preparando mis cosas para retirarme a mi hogar, se me acercó un socorrista y me dijo:

— Jefe, lo llaman de la Comandancia.

— ¿Para qué? — contesté algo molesto pensando que me iban a enviar a otro servicio y yo ya estaba cansado.

— No sé — me contestó — Nada más me dijeron que lo llamara.

— Está bien — dije, y me encaminé a la comandancia.

— Jefe — dijo uno de los telefonistas — habló la señora que había pedido el servicio del loquito diciendo que una patrulla había llevado nuevamente a su nieto a casa; que si se nos había escapado y, que por favor, fuéramos por él.

— ¡NO SE NOS ESCAPO! — contesté — nosotros lo dejamos en el manicomio; posiblemente de ahí se les salió, pues tienen un personal de gente tan tonta que es difícil diferenciarlos de los locos que ahí tienen; iré nuevamente por él y les voy a llamar la atención a esos señores por su descuido.

Llegamos a la casa de la señora quien lo primero que preguntó fue:

— ¿Se les escapó?

— No señora, nosotros lo dejamos en el manicomio.

— Lo trajeron en una patrulla y me dijeron los policías que lo habían encontrado a media calle cantando y bailando; pensaron que se encontraba borracho pero se dieron cuenta de que no tenía aliento alcohólico; deduciendo no estaba bien de sus facultades mentales, le preguntaron dónde vivía y Fernando se los dijo, pues no está tan loco como parece... No quisieron llevarlo al manicomio porque ellos no estaban autori-

¡Llámenle a la Cruz!

zados para ello y me sugirieron que volviera a llamar a la Cruz Roja.

— Está bien señora, lo llevaremos nuevamente y de paso les llamaré la atención para que tengan más cuidado.

Llegamos al manicomio y tuvimos que despertar al viejito que estaba de guardia.

— Oiga señor, le traemos otra vez a este enfermo que hace más de dos horas les dejamos aquí para internarlo y seguramente se les escapó.

— No — dijo el guardia — ¡De aquí no ha escapado nadie! El loquito que ustedes trajeron está bien guardado. Voy a llamar a los loqueros para que se cercioren.

Tomó el teléfono y se comunicó al interior. Al poco rato salieron los dos loqueros y, al vernos preguntaron:

— ¿Otro loquito?

— No, ¡no es otro loquito! Es el mismo que trajimos hace horas y se les escapó.

Rubén Vera y López

— No puede ser — contestaron — el que trajeron está adentro, por cierto que se puso a gritar que era el Comandante Montaña o algo así; ya ve cómo son estos loquitos, siempre dicen ser el Presidente o Napoleón Bonaparte...

Al oír esto se me helaron las venas; seguramente habían confundido al señor Muñana con el verdadero loquito...

— Vamos a verlo — ordené — creo que hay una confusión.

Abrieron la reja y pasamos al interior; recorrimos un pasillo y a los lados estaban las celdas en cuyo interior, en penumbras se veían como fantasmas los pobres enfermos.

— Tuvimos que meterlo en la celda de castigo pues estaba furioso; ¡Hasta me golpeó! ¡Mire! — me dijo señalando un chipote que tenía en la frente — le dimos una bañadita para que se le quitara lo agresivo — me dijo uno de los loqueros.

¡Llámenle a la Cruz!

Al llegar a la celda los loqueros ya estaban preocupados.

— A ver tú, ¡Abre! — ordenó uno de ellos.

Crujió la reja cuando la abrieron; efectivamente estaba el comandante Muñana sentado en el suelo y titiritando de frío.

— Pero, Comandante... ¿Qué fue lo que pasó? — pregunté al mismo tiempo que lo tomaba de las manos para ayudarlo a que se incorporara.

— ¡Estos pendejos que me confundieron! Y ustedes, ¿Dónde carajos estaban?

— Pues... nos llamaron para otro servicio y salimos apresuradamente y, al preguntar por usted me dijeron probablemente ya se había ido a su casa — balbucí.

— Y ¿Cómo me iba a ir si estoy tan lejos de mi casa?

— Pues perdóneme mi comandante, yo no sé por dónde vive y...

Rubén Vera y López

— ¡Ya debería de saberlo! — me increpó
— todo el personal de la Cruz Roja sabe
dónde vivo.

— Nosotros — terció uno de los loqueros
— ¿Cómo íbamos a saber que era el co-
mandante? El guardia dijo: ahí está el lo-
quito y era la única persona que estaba
ahí...

— ¡Traigan la cobija que está en el coche!
— ordené a uno de los socorristas mien-
tras salíamos lentamente del interior de
aquello que parecía peor que una cárcel.

Durante el trayecto a su domicilio, el Sr.
Muñana estaba bastante molesto y yo no
dejaba de disculparme y pedirle perdón
por nuestro descuido.

Al llegar a su casa, poco antes de entrar, se
volteó hacia nosotros y nos dijo:

— ¡No quiero que se sepa nada de esto!
¡Me entendieron!

— No tenga cuidado mi comandante, ¡No
diremos nada!

¡Llámenle a la Cruz!

Al regreso al hospital veníamos muy callados y apenados; el socorrista que venía en la parte trasera empezó a emitir un sonido que a mí me pareció llanto pero ¡No! todo lo contrario, tenía un ataque de risa que trataba de disimular cubriéndose la boca. Al notar esto, tanto el socorrista que iba adelante conmigo como yo, empezamos a reírnos al grado de atacarnos y soltar ruidosas carcajadas que me obligaron a detener el auto mientras se nos pasaba un poco.

Alguno de los socorristas ha de haber hecho algún comentario sobre el incidente, porque tiempo después algunos compañeros me preguntaron si era verdad lo que les habían contado, lo cual siempre negué.

¡Llámenle a la Cruz!

Susto

Estando de guardia me llamaron de la Comandancia para cubrir un servicio a la calle de Peralvillo en donde me dijeron, se encontraba una persona balaceada.

A bordo de la ambulancia con el personal necesario salimos rápidamente al lugar que nos indicaron; ya casi al llegar, la calle estaba obstruida por una zanja que habían abierto recientemente, con su respectivo señalamiento de "NO HAY PASO".

A la luz de los faros de la ambulancia pude distinguir que, como a veinte metros adelante, había una persona tirada sobre la banqueta.

Inmediatamente salí del vehículo y, brincando la zanja, corrí hacia donde se encontraba. En el trayecto escuché que me gritaban, pero no entendí lo que querían decir-

Rubén Vera y López

me. Al personal que me acompañaba la policía no le permitió pasar.

Cuando estuve cerca del herido me hiqué para revisarlo; estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos y el pecho cubierto de sangre. Esperé un momento mientras llegaba el personal y me di cuenta de que unos diez metros adelante se hallaba otro cuerpo tendido en la calle. Me iba a incorporar cuando a mis espaldas escuché una voz que me gritó:

— ¡Déjelo!

Volteé y vi que en el marco de una puerta estaba un hombre que empuñaba una pistola. Era un individuo como de cincuenta años de edad, de bigote poblado, sombrero tejano y chamarra de piel.

Me incorporé y le pregunté:

— ¿Qué pasa?

— ¡Que no los toque y se largue!

— Señor soy de la Cruz Roja y...

¡Llámenle a la Cruz!

— ¡Ya lo sé y no me importa! ¡Quiero que se mueran como perros! Esos desgraciados ya me traían... ¡Creían que se topaban con su pendejo!

— ¿Usted los hirió? — le dije acercándome un poco.

Levantó el arma a la altura de la cintura y me gritó:

— ¡Sí, yo fui! Y esos collones policías tienen miedo de venir por mí.

Hasta entonces me di cuenta de que enfrente de la calle estaban dos patrullas y una más junto a la ambulancia; los policías estaban apostados atrás de ellas con las armas en las manos.

Blandiendo su pistola en lo alto y sacando el pecho, gritó:

— ¡Órale cobardes, vengan por mí! ¡Si tienen huevos, los espero!

Mi situación era muy comprometida. Estaba solo con un hombre enloquecido por el alcohol y dispuesto a todo. Me dio mu-

Rubén Vera y López

cho miedo y, aparentando serenidad, le dije:

— Bueno, señor, si así lo quiere yo me retiro...

— ¡Usted se queda jovencito! — eructó y me llegó un fuerte olor a alcohol.

— Está bien — le contesté — pero déjeme atender a los heridos, si ellos mueren usted será acusado de homicidio y, si podemos lograr que vivan, se le acusará solamente por lesiones y su pena será mucho menor.

— Me da lo mismo — respondió.

— ¿Tiene esposa e hijos? — le pregunté.

— ¡Claro que sí! ¿Qué cree que no soy hombre?

— Más a mi favor, piense en su familia... los dejaría desamparados.

— Mis hijos ya están grandes ¡No me necesitan!

— Eso cree usted, pero los hijos sin las riendas del padre se pueden echar a perder. ¿Tiene hijas?

¡Llámenle a la Cruz!

— Sí, la más chica... es la única...

— Y ¿Qué será de ella y de su esposa?

Noté que iba cambiando de actitud; se quedó pensando un rato. A lo lejos los policías y ambulantes estaban a la expectativa.

— Bueno, y ¿Qué quiere que haga?

— ¡Que deponga su actitud y se entregue!

— ¡No la joda! ¡Para qué! ¿quiere que esos gendarmes me maten?

— ¡No le harán nada! Se lo prometo.

— ¿Usted me acompaña?

— ¡Desde luego que sí! Nomás me entrega su pistola para que sepan que no los va a atacar.

Bajó la mirada y extendiendo lentamente su brazo me entregó el arma; sentí un gran alivio y respiré profundamente.

— Vamos, pues ¡Pero hay de usted si me hacen algo!

Rubén Vera y López

— No se preocupe, no le harán nada y tomándolo por el brazo empezamos a caminar lentamente hacia las patrullas; levanté en alto la pistola para que la vieran los policías quienes empezaron a salir de su parapeto e inmediatamente nos rodearon.

— ¿Quién viene al mando? — pregunté.

— ¡Aquí mi Capitán! — dijo uno señalándolo.

— ¡Capitán, aquí está la pistola del señor!
— dije al tiempo que se la entregaba mientras dos guardias lo tomaban por los brazos conduciéndolo a la patrulla.

Noté que la borrachera que traía se le había bajado; volteó y me miró con una sonrisa de agradecimiento.

Mientras tanto el Capitán y yo revisamos la pistola y nos dimos cuenta de que no tenía un sólo cartucho útil.

De regreso al hospital se apoderó de mi cuerpo un temblor producto del momento que viví anteriormente...

¡Llámenle a la Cruz!

A la mañana siguiente la prensa informaba:

"Captura la Policía a un doble Homicida: Hoy en la madrugada la policía aprehendió a un individuo que por viejas rencillas asesinó a dos personas etc., etc.... "

Lo que para la prensa fue una noticia de rutina, para mí fue una horrible pesadilla.



7 No tenía un sólo cartucho útil

Coincidencias

Un sábado me encontraba en la colonia Cuauhtémoc en la llamada "Zona Rosa", después de haber visitado a un futuro cliente interesado en adquirir un automóvil nuevo.

Caminaba tranquilamente por la calle de Río Nazas cuando me encontré a dos buenos amigos que trabajaban en la misma Compañía donde yo laboraba; iban acompañados por otra persona.

Ellos eran Humberto Torres Torreblanca y Alejandro Seguí. Humberto tendría en aquel entonces como 23 años de edad; era alto, bien parecido, de muy buen carácter y siempre tenía a flor de labio algún chiste y una risa contagiosa. Alejandro era más bajo de estatura, rubicundo, con cara de niño, más o menos de la misma edad; ambos de buena familia, tenían una estrecha amistad.

Rubén Vera y López

En cuanto me vieron me saludaron afectuosamente.

— ¿Qué andas haciendo por aquí, Rubén?

— me dijo Humberto tomándome del brazo.

— Vine a ver a un cliente...

— ¿A poco también trabajas los sábados por la tarde? — terció Alejandro — Mira, te vamos a presentar a un buen amigo, el Capitán Valdez.

— ¡Mucho gusto, mi Capitán! — respondí al tiempo que le estrechaba la mano.

— El gusto es mío — contestó amablemente.

Seguimos caminando unas cuadras sobre la calle de Río Nazas. Adelante iban Humberto y el Capitán Valdez, unos pasos más atrás, Alejandro y yo.

— ¿Sabes quién es el Capitán? — me preguntó Alejandro.

— No, no sé... ¿Quién es?

¡Llámenle a la Cruz!

— ¡Nada menos que sobrino del Presidente de la República!

— ¿Del licenciado Miguel Alemán? — pregunté.

— ¡Así es! Somos amigos desde hace tiempo; es muy buena persona.

— ¡Qué bien! — dije — hay que conservar esas amistades porque algún día pueden ayudarte, ¿No crees?

De repente, frente a nosotros se detuvieron Humberto y su acompañante. Humberto se dirigió a mí:

— Vente, te invitamos un cafecito.

— ¡Gracias! — contesté — no puedo ahora, tengo un compromiso...

— ¡Nada más un ratito! — insistió el Capitán Valdez.

— ¡De veras gracias, mi Capitán! Sucede que soy voluntario de la Cruz Roja y hoy me toca guardia; dentro de media hora ya debo estar en servicio.

Rubén Vera y López

— Bueno — me dijo — lo dejamos para otra ocasión.

— ¡Claro que sí! ¡Me dará mucho gusto!

Nos despedimos quedando en que algún otro día nos reuniríamos nuevamente.

Me dirigí a donde había dejado mi automóvil, lo abordé y enfilé hacia el hospital de la Cruz Roja. Llegué como a las diecinueve nueve horas, me cambié de ropa poniéndome el uniforme reglamentario y me presenté en la Comandancia.

— Buenas noches jóvenes, ¿Cómo está el servicio?

— Está muy cargado, como todos los sábados. No tenemos ni una ambulancia, todas han salido a diferentes rumbos; estamos esperando que alguna se reporte porque tenemos algunas llamadas pendientes.

— ¡Pásenlas a la Cruz Verde! — contesté.

— ¡Eso hacemos, pero ellos están igual que nosotros!

¡Llámenle a la Cruz!

— Bueno — respondí — pásenme algún servicio que pueda yo cubrir como motorizado.

En ese momento sonó el teléfono; el oficial que recibía la llamada tomaba los datos nerviosamente, colgó el auricular y dirigiéndose a mí me dijo:

— ¡Jefe, aquí cerca solicitan una ambulancia, se trata de una persona balaceada! ¿Lo cubre usted?

— ¡Sí! — contesté — llamen al paramédico y a un socorrista para salir de inmediato.

El oficial telefonista me extendió un papel donde estaba la dirección en donde se encontraba el lesionado. Al leerlo me dio un vuelco el estómago. ¿Cómo? — pensé — ¿Río Nazas y Río Tigris?, si hace como treinta minutos estaba yo ahí. Sentí un raro presentimiento y dirigiéndome a los telefonistas les grité:

Rubén Vera y López

— ¡Tan pronto que se reporte la primera ambulancia, envíenla a este servicio mientras damos los primeros auxilios!

— ¡Esta bien! — me contestaron.

Con el paramédico y un socorrista a bordo salí en mi automóvil rápidamente al lugar de los hechos.

Al llegar había mucha gente que rodeaba al herido quien se encontraba tirado junto a la banqueta en un charco de sangre. Inmediatamente desalojamos a la gente del lugar y nos acercamos al herido para atenderlo.

Grande fue mi sorpresa al ver que se trataba del Capitán Valdez a quien poco antes me habían presentado; me incorporé para buscar entre la gente a mis dos amigos que andaban con él, pero no estaban. ¿Qué pasaría? me preguntaba, sin tener idea de lo que podía haber sucedido.

— ¿Cómo está? — le pregunté al paramédico, quien con su estetoscopio trataba de

¡Llámenle a la Cruz!

percibir algún signo de vida de aquel cuerpo. No me contestó, pero me di cuenta de que la herida que presentaba era mortal.

Mi primera intención fue levantarlo y llevarlo rápidamente al hospital, pero me dio miedo por tratarse de quien se trataba, pues el transporte no era el adecuado. Tampoco podía permitir que estuviera expuesto al morbo de la gente. En esas reflexiones estaba cuando escuché el ulular de la sirena de la ambulancia que se acercaba. Sentí un gran alivio a la tensión que me embargaba.

Al llegar, inmediatamente ordené que sacaran una camilla y condujeran al herido a la ambulancia.

— Y, ¿Si está muerto? — me dijo el socorrista — ¡Mejor le preguntamos al médico!

— ¡No le pregunte nada! — ordené — ¡Ustedes levénselo!

Y con sorpresa del paramédico que todavía estaba revisando al herido, éste fue colocado en la camilla y conducido a la

Rubén Vera y López

ambulancia, la cual partió rápidamente al hospital.

Seguí tras ellos hasta llegar a la Cruz Roja en donde fue llevado a la sala de emergencias. Me encaminé a la Comandancia para recoger el Parte de Servicio y anotar los datos de la persona recogida. Entré al cubículo en donde ya estaban tres médicos revisándolo minuciosamente.

— ¿Cómo está? — pregunté.

— ¡Está muerto! — me contestaron.

— Probablemente murió en la ambulancia — dije tratando de que no sospecharan que lo habíamos trasladado al hospital sin estar seguros de que todavía tenía vida.

En eso estábamos cuando entraron, como tromba, personas que nos hicieron violentamente a un lado. Después de verlo dijeron:

— ¡SI! ¡Es él!

Empezaron a dar órdenes:

¡Llámenle a la Cruz!

— ¡Desalojen la sala! ¡Que nadie entre!

— ¿Quiénes son estas personas? — pregunté al médico.

— ¡Son agentes de la Policía Federal de Seguridad. Probablemente se trate de alguna persona importante — comentó el médico.

Me acerqué al cadáver para empezar a tomarle los datos y llenar el Parte del Servicio.

— ¿Qué hace usted aquí? — me dijo uno de los policías — ¿No oyó que nadie debe estar en este cubículo?

— Lo sé, señor, pero yo soy la persona que lo recogió y debo llenar este Parte para pasarlo al Agente del Ministerio Público, con copia a la Comandancia.

— ¿Ah, sí? ¿Usted fue quien cubrió este servicio?

— ¡Sí, señor! — contesté.

— Dígame, ¿Entre la gente que estaba en el lugar los hechos no hicieron ningún comentario de lo que sucedido?

Rubén Vera y López

— No sabría decirle — contesté — porque al verlo tan grave únicamente nos concretamos a trasladarlo urgentemente al hospital.

Ya no dijo nada, se volteó y corrió las cortinas del cubículo.

— ¡Que nadie más entre! — ordenó — y no dé datos a nadie. ¿Entendido?

— ¡Sí, señor!

Empecé a tomar los datos: edad aproximada, ropa, calzado, herida que presentaba, etc.

Salí del cubículo que ya custodiaban dos policías y, en la puerta de entrada a la sala de emergencia, había cuatro más; les dije que regresaría para hacer el inventario de sus pertenencias.

En la sala de espera había una nube de policías que en voz baja comentaban lo sucedido.

¡Llámenle a la Cruz!

— ¡Dicen que andaba con tres individuos!
— comentó uno de ellos.

Al oírlo sentí como si me hubieran vaciado una cubeta de agua helada, pues alguien nos había visto poco antes de los hechos y me involucraban a mí.

Por un momento pensé decir a la policía lo que sabía, pero me dio miedo. Sabía que si yo hablaba, inmediatamente me aprehenderían y me llevarían a su cuartel para interrogarme y probablemente torturarme, como se estilaba en esos tiempos, hasta hacerme confesar culpable del homicidio.

Pasé a las oficinas del Ministerio Público, entregué el original del Parte y me dirigí a la Comandancia para entregar la copia.

Al regresar a la sala de emergencia se me acercó un reportero gráfico, no recuerdo si fue Enrique Metinides Figueroa o algún otro, y me dijo:

— ¡Déjame que te acompañe, quiero sacarle una foto!

Rubén Vera y López

— ¡Imposible! — le dije — la policía no deja entrar a nadie...

— ¡Les dices que soy el socorrista que salió contigo!

— Bueno, pero... ¡Esconde la cámara!

Al llegar donde estaba el cadáver les dije a los agentes que era mi ayudante; sin más corrieron las cortinas para que pasáramos y las cerraron nuevamente.

El reportero tomó la fotografía. Mi trabajo había sido terminado por las monjitas que prestaban su servicio en el hospital quienes habían recogido las pertenencias del Capitán y entregado a las autoridades, previo inventario.

Desgraciadamente yo no sabía que había una orden estricta de "Arriba" de no dejar entrar a ningún reportero y sobre todo de que no dejaran tomar ninguna fotografía.

En el patio del hospital había mucha gente, la voz se había corrido como reguero de pólvora. Llegaron personalidades que se

¡Llámenle a la Cruz!

identificaron con la policía para pasar a la sala de emergencia. Los reporteros y fotógrafos eran rechazados violentamente por los guardias.

Más tarde el cuerpo del Capitán fue trasladado a una agencia funeraria y la tranquilidad volvió al hospital de la Cruz Roja.

Me entrevisté con el reportero que había tomado la foto suplicándole que no la fuera a publicar para evitar probables consecuencias; me dijo que no me preocupara, que no la entregaría al periódico.

Ya más calmado me despedí de mis compañeros y me fui a mi domicilio.

No pude dormir en toda la noche pensando en lo que había ocurrido, así como en la forma en que me había involucrado en los acontecimientos.

A la mañana siguiente me levanté con un fuerte dolor de cabeza y con fiebre; estaba agripado.

Rubén Vera y López

Todo el domingo me la pasé recluido en mi habitación; me sentía mal y cada vez que tocaban a la puerta de mi casa me sobresaltaba creyendo que era la policía que venía a aprehenderme.

El lunes, un poco más mejorado, me presenté a mi trabajo como de costumbre; al llegar mis compañeros me comentaron:

— ¿Ya supiste que la policía aprehendió a Alejandro?

— No, ¿Por qué? — pregunté haciéndome el inocente.

— ¡Porque parece que está involucrado en la muerte del sobrino del Presidente!

— ¡No me digas! ¿Y cómo lo supieron ustedes?

— Lo leímos en el periódico ¡Mira! — me enseñaron la prensa que con grandes titulares daba la noticia. No habían publicado ninguna fotografía.

Salí a la calle para comprar algún otro periódico y en el expendio encontré una

¡Llámenle a la Cruz!

revista "amarillista" que se llamaba "Crimen" en cuya portada aparecía la fotografía del rostro del Capitán en su lecho de muerte. Me dio coraje pues el fotógrafo que la había tomado me prometió que no se publicaría.

Mientras tanto Humberto, quien había leído el periódico y, al enterarse de que Alejandro estaba detenido se entregó voluntariamente a las autoridades, ante las que declaró lo siguiente:

"El sábado en la tarde, como era nuestra costumbre nos reunimos el Capitán, Alejandro y yo para ir a comer a un restaurante cercano.

Después de pasar unas horas platicando animadamente decidimos salir a caminar por la Zona Rosa para visitar los comercios y comprar algo que nos hiciera falta. Posteriormente acordamos ir a tomar un café, a lo que se negó Alejandro aduciendo que se sentía mal, por lo que prefería irse a su casa a descansar.

Rubén Vera y López

Nos encaminamos a su departamento en donde se despidió de nosotros, no obstante que insistimos en que nos siguiera acompañando. Caminamos hacia al café y ahí me comentó el Capitán Valdez:

— ¡Se me hace que Alejandro no está enfermo, creo que ha de tener una cita con alguna chamacona y por eso nos cortó!

— ¿Tú crees? — contesté — vamos a echarle a perder sus planes... ¡Volvamos por él a su casa!

Salimos del café y nos dirigimos a su departamento; tocamos insistentemente el timbre sin tener respuesta alguna.

— ¡Debe de estar dormido o se está haciendo el sordo! — comentó el Capitán. — ¡Voy a despertarlo a balazos! — bromeó al mismo tiempo que intentaba sacar el arma que portaba. En ese momento pensé que lo haría realmente y le detuve la mano... Fue cuando se disparó la pistola hiriéndose él mismo. Se dobló por la cintura y cayó al suelo.

¡Llámenle a la Cruz!

En ese momento sentí mucho miedo, se me nublaron los sentidos, me ofusqué y salí corriendo presa del pánico por lo que había sucedido..."

Todo lo anterior me lo platicó Humberto el día en que lo visité en la penitenciaría.

Alejandro quedó en libertad inmediatamente, no así Humberto quien fue consignado penalmente.

Sus compañeros de trabajo estábamos muy preocupados pensando que lo iban a golpear, torturar, etc. por lo que acordamos interceder en su favor, pues conocíamos perfectamente a Humberto y sabíamos que era incapaz de cometer algún delito.

Nos entrevistamos con Miguel Alemán Junior el cual nos dijo que no podía hacer nada, que procuráramos hablar con su papá. Tratamos de hacerlo pero fue imposible que nos recibiera, mandándonos decir que el asunto estaba en manos de las autoridades y habiendo dado instrucciones

Rubén Vera y López

de que se obrara estrictamente conforme a la ley.

Posteriormente fuimos recibidos por Doña Tomasita; abuelita del Capitán; se encontraba muy abatida pues lo quería mucho. Era su consentido. Por algún rato platicamos con ella lamentando lo ocurrido, insistiendo a la vez en que estábamos seguros de que Humberto no era culpable.

Llena de dolor nos contestó: "¡La Sangre de mi hijo no quedará impune, si lo encuentran culpable yo veré que todo el rigor de la ley caiga sobre él... o sobre quien resulte culpable!"

Tiempo después Humberto fue trasladado a la penitenciaría, ahora Archivo General de la Nación en donde tuve la oportunidad de visitarlo.

Me recibió con mucho afecto, platicamos un buen rato.... Durante mi entrevista noté un gran cambio en su persona, ya no era el mismo; su risa contagiosa había desapare-

¡Llámenle a la Cruz!

cido y sus ojos denotaban una profunda tristeza. Habían pasado apenas tres meses desde ese trágico acontecimiento y parecía que el tiempo se le hubiera venido encima y aparentaba más edad de la que tenía.

Cuando le pregunté sobre lo sucedido, su rostro se ensombreció y, con algo de dificultad me narró lo que anteriormente había declarado frente a su Juez.

En eso estábamos cuando pasaron cerca de nosotros dos personas que, dirigiéndose a Humberto, le dijeron:

— ¡Vente, te invitamos a comer, lo mismo que al señor que te acompaña!

— ¡Gracias — contestó Humberto — ahorita los alcanzamos!

— ¿Quiénes son? — pregunté.

— Son dos personas que aquí respetan mucho, nunca les he preguntado por qué están encarcelados, ni ellos me lo han contado... Son hermanos, se llaman Hugo y Arturo Ebrad Izquierdo.

Rubén Vera y López

No sé si me mintió Humberto, pero esos señores eran muy conocidos como gatilleros profesionales y estaban involucrados en el asesinato de un senador así como en otros delitos. La policía los clasificaba como hombres altamente peligrosos.

Durante la comida charlamos animadamente y no se tocó para nada los motivos por los que estaban detenidos.

Los hermanos Ebrad Izquierdo eran altos, fornidos y muy bien parecidos; de modales finos y buena educación que, si se hubieran dedicado a ser artistas de cine, habrían tenido mucho éxito.

Unos meses después la compañía donde trabajaba me ofreció la gerencia de una sucursal que tenían en Martínez de la Torre, Veracruz, la cual acepté.

Me despedí de mis compañeros de la Cruz Roja prometiéndoles que nunca me desligaría de la Benemérita Institución.

¡Llámenle a la Cruz!

El Consejo de Administración me dio un oficio en el cual me nombraban representante de la Cruz Roja Central en aquella población.

Desde que llegué me puse en contacto con el Dr. Carlos Cuesy Pola, Presidente Municipal y a la vez Presidente de la Cruz Roja Local para colaborar en lo que fuera necesario.

El hospital, que había sido construido y donado por el Club de Leones de la población y por iniciativa del Sr. Pedro Mantecola, carecía de instrumental médico; el edificio estaba deteriorado por falta de mantenimiento y la ambulancia ya no trabajaba pues estaba totalmente acabada. Me explicaba el Dr. Cuesy Pola que por la índole de su trabajo no podía prestarle la debida atención al hospital y me pidió mi colaboración con el objeto de mejorar los servicios que prestaba la Institución.

Formamos un comité en el que participaron los Sres. Abraham Rumilla, Sr. Cede-

Rubén Vera y López

ña, Juan Serrano, Pedro Manterola Jr., Dr. Mario del Campo, Juan Castillo y otras personas más de las que, lamentablemente, no recuerdo sus nombres.

Lo primero que acordamos fue la manera de conseguir una ambulancia y, por iniciativa del Sr. Abraham Rumilla, solicitamos a la Lotería Nacional que nos donara una.

El General Carlos Real, gerente de dicha institución aceptó amablemente nuestra petición y nos citó en la capital para hacernos entrega de una flamante ambulancia equipada con termos, ventiladores, botiquín, camillas y una moderna cama tipo carrito. Las llaves del vehículo fueron recibidas por el Dr. Cuesy Pola y por mí, quien posteriormente fui nombrado Secretario de la Cruz Roja local, junto con el Sr. Abraham Rumilla quien fungía como tesorero.

Empezamos a organizar una colecta para la compra de material quirúrgico, medicinas y remozar el hospital. Las damas y

¡Llámenle a la Cruz!


jóvenes de la población cooperaron entusiastamente en la colecta.

Con la cooperación de casi todo el pueblo construimos una pequeña plaza de toros para hacer festejos taurinos y recabar fondos para comprar un aparato resucitador que mucha falta hacía, pues constantemente nos solicitaban auxilio para personas que, imprudentemente, se adentraban en el mar y a quienes rescatábamos semi-ahogados (sobre todo en Semana Santa o vacaciones cuando llegaban muchos turistas al lugar).

Comenzamos los festejos y, como no había toreros en el pueblo, los organizadores tuvimos que aprender a enfrentarnos a los toros bastante grandes, pues eran cruzados de Cebú y Charolé que no sólo agredían con los cuernos sino que también tiraban patadas y mordidas. Afortunadamente en todas las corridas que tomamos parte como novilleros, no sufrimos ningún accidente grave; solamente uno que otro revoleón y varios sustos.

Rubén Vera y López

**"CARMELO
PEREZ"**



Martínez de la Torre, Ver.

Monumental Acontecimiento Taurino para el día
15 de Septiembre de 1957. a las 3 de la tarde, a
Beneficio de la Delegación de la Cruz Roja de
esta Ciudad.

Presentación de la Sensacional Torera

Lucy Clavel
Triunfadora en la Capital y Estados de la República

MANO A MANO
Con la Extraordinaria Torera Canadiense

Elizabeth Bilbao

y los Novilleros de México

Luis Kingston
Y
"El Soberano"

En un MANO a MANO con los Novilleros de Mtz.

Ruben Vera y Lopez **Juan Serrano**
y Mario del Campo

Llizando a la Usanza Española

6 Toros de la Ganadería de Cerro Prieto 6

8 Organizamos eventos taurinos para recabar fondos

El comité me hizo el honor de que fuera yo quien abanderara la ambulancia, lo que se llevó a cabo en la misma plaza de toros.


¡Llámenle a la Cruz!

Después de los festejos nos dedicamos a formar el cuerpo de ambulantes y damas voluntarias en el que varios jóvenes participaron con mucho entusiasmo.

junio de 1957.

A LAS 4 DE LA TARDE,

Si el tiempo lo permite y previo permiso de las Autoridades, se abrirán las puertas de este moderno CIRCO ROMANO - MARTINESE, donde además los señores abajo descritos dispuestos a "razarse" el alma, con



¡4 Bravos y Arrogantes TOROS 4!

de la afamada Ganadería "**PIEDRAS BLANCAS**".

Primer Espada: **Juan Serrano** -El Hijo Pródigo.-

Sobresaliente: **Mario del Campo Chavalillo**

Banderilleros: **José Luis Churrua** .Litro.
Rubén Vera y López .Morris-
Rafael Cuevas Pasuengo .Ingeniero.
Manuel Estrada García .Pachuco.

Espontáneo: **Jorge Muñoz de Cole**

Picador: **Policarpo Méndez** .Poli.

Matador Sorpresa **Pepe Montes Pancardo** .Pepín.

Médico de Plaza: **Dr. Carlos Cuesy Pola**.

Juez de Plaza: **Pedro Sota Molina** .Perico.

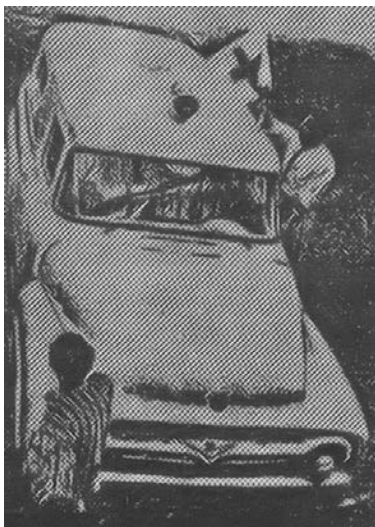
Como postre, serán presentados los prestigiados montadores pitaleños:
Máximo Barros, Manuel López, Miguel Domínguez,
y Alfonso Martínez.
harán maravillas en los lomos de enormes Sebos.

Los Cow-boys texanos se quedarán chiquitos ante estos pegañosos montadores.

No se admiten Pasos por ser Función de Beneficio para la CRUZ ROJA MEXICANA, así que ni saquen sus credenciales y licencias de manejar.

Ayude a la Benemérita Institución organizadora de este FESTEJO

9 Cartel del evento taurino



**10 Se me hizo el honor de que yo abanderara la
ambulancia**

Comparamos el aparato resucitador. Todos los domingos lo llevábamos a la "Playa Paraíso" donde acostumbraban ir las personas que vivan en la cercanía para auxiliarlos en caso de emergencia.

¡Llámenle a la Cruz!



11 Tuvimos que enfrentarnos a toros bastante grandes.



12 Bravos toros del festejo taurino.

Rubén Vera y López



13 Recompensa a los bravos banderilleros



14 Después de los festejos formamos el cuerpo de ambulantes

¡Llámenle a la Cruz!

Pues bien, en ocasión de Semana Santa había mucha gente en la playa, tanto turistas del Distrito Federal como de Martínez de la Torre, San Rafael, Tecolutla, etc.



15 Compramos el aparato resucitador

De pronto el mar se empezó a encrespar y la gente del rumbo, conocedora de esos cambios, dio la voz de alarma para que los bañistas salieran del mar. Yo no me di cuenta pues estaba como a treinta metros de la playa, mar adentro disfrutando de un buen baño; me sentía muy ligero y nadaba a placer cuando de pronto las encrespadas

olas no me permitieron ver más que pura agua a mi alrededor. Una de las olas me levantó y pude darme cuenta de que estaba muy lejos de la playa. Una fuerte resaca me había llevado mar adentro.

Desesperado, empecé a nadar hacia la playa; las fuerzas se me estaban acabando y el pánico se apoderó de mí. Hubo momentos en los que me resigné a morir ahogado, pero el instinto de sobrevivencia me impulsaba a sacar fuerzas de la flaqueza y a seguir nadando.

Por fin mis pies tocaron tierra y, cayéndome y levantándome, llegué a la playa donde caí desvanecido y casi ahogado. Como ironía del destino pasaban en ese momento, como a veinte metros de distancia, dos socorristas con el equipo resucitador a quienes no pude llamar por no tener fuerzas ni aliento para hacerlo y ellos no se percataron de mí por estar mirando hacia el mar en busca de dos jovencitos a quienes la resaca había arrastrado mar

¡Llámenle a la Cruz!

adentro y que por desgracia murieron ahogados.

Momentos más tarde mi esposa me localizó tirado en la playa a mucha distancia de donde estábamos reunidos; alarmada por el estado en que me encontró fue por la camioneta y me trasladó a mi domicilio en donde me atendió el Dr. Ernesto Tenorio. Dormí como lirón toda la noche y, a la mañana siguiente, amanecí con todo el cuerpo lleno de manchas rojas a consecuencia de la falta de oxígeno, según me dijo el médico. Dos días después estaba totalmente restablecido.

Una mañana caminando por las calles del pueblo me encontré de pronto, y para sorpresa de ambos, con Arturo Durazo Moreno a quien conocía de mucho tiempo atrás y lo invité a pasar a mi negocio para platicar un rato.

La última vez que nos habíamos visto, se desempeñaba como Comandante de la Policía de Narcóticos. A Arturo Durazo lo

conocí en el Banco Mexicano, sucursal Merced ubicado en la calle del Salvador, donde yo era Jefe del Departamento de cheques y él colaboraba conmigo llevando el estado de cuenta de los clientes.

Durante la breve amistad que tuvimos me di cuenta de que tenía un buen carácter con las personas que conocía, pero era muy agresivo con extraños; le gustaba armar camorra por cualquier motivo. Su éxito en las peleas consistía en golpear a su contrincante cuando menos lo esperaba, es decir los "descontaba" no dándoles tiempo a ponerse en guardia para empezar a pelear, provocando un descontrol en sus rivales quienes no tenían tiempo para reaccionar. Los golpeaba hasta que el rival se daba por vencido, motivo por el cual se hizo famoso entre los pandilleros de aquella época.

Siempre que salimos juntos provocaba pleitos con otros jóvenes y sin querer me veía envuelto en esas peleas llevándome mi buena ración de golpes.

¡Llámenle a la Cruz!

En una ocasión invitamos a dos empleadas del Banco a ir a bailar al "Club France" y poco rato después se armó la bronca porque los músicos de la orquesta no tocaban una melodía que les había solicitado Durazo y en consecuencia, entre músicos y bailarines, nos dieron una buena paliza y nos echaron fuera del salón.

Arturo Durazo renunció a su trabajo en el banco y se fue a trabajar como Agente de la Policía de Seguridad cuyas oficinas estaban enfrente del Monumento a la Revolución. Después lo visité en su nuevo empleo como Comandante de la Policía de Narcóticos ubicada en las calles de San Juan De Letrán; más tarde nos encontramos en el Aeropuerto de la Ciudad de México donde fungía como Jefe Policiaco; yo había ido para inaugurar un servicio de emergencia que apadrinó el Lic. Miguel Alemán Velazco. Por último nos encontramos en la Calle de Hidalgo, en Coyoacán, en donde tenía su cuartel General y era el Jefe de Seguridad del Lic. José Ló-

Rubén Vera y López

pez Portillo quien ya era candidato a la Presidencia de la República.

Al término de las elecciones donde triunfó José López Portillo, fue nombrado Jefe de la Policía del Distrito Federal en donde llegó a tener mucho poder gracias al apoyo y respaldo absoluto que le brindó el entonces Presidente. Al terminar el Sexenio, Arturo fue a dar a la cárcel por los motivos de todos conocidos.

Fui a visitarlo al reclusorio donde estaba detenido pero no me dejaron entrar por vestir un pantalón color caqui, lo cual estaba prohibido por confundirse con el uniforme de los reclusos. Posteriormente volví a visitarlo pero cuando le anunciaron mi visita, me mandó decir que no podía recibirme ya que estaba con sus abogados defensores; que fuera cualquier otro día. Después ya no tuve oportunidad debido a mis ocupaciones.

Pues bien, ese día pasamos a mi negocio a platicar y me dijo que estaba vendiendo

¡Llámenle a la Cruz!

calzado y, efectivamente, traía cargando como diez cajas de zapatos amarrados con un cordel que colocó en la puerta de mi oficina; al despedirse tomé las cajas para entregárselas y me di cuenta de que estaban vacías pues no pesaban nada. Supuse que estaría llevando a cabo una comisión policiaca disfrazado de comerciante.

Unos días después salí a Papantla a cobrar a un cliente un adeudo que tenía con la compañía. En la carretera, a la altura de San Rafael, alcancé a un automóvil Chevrolet último modelo, igual al que tenía mi amigo Pedro Manterola Jr. con quien llevaba una estrecha amistad. Creyendo que era él lo seguí muy de cerca; iba con otras personas más y pensé que serían amigos pues siempre se hacía acompañar de sus "cuates".

Yo iba a bordo de mi camioneta Pickup. Las personas que viajaban en el asiento trasero me veían con insistencia y supuse que me habrían reconocido. Se me hizo raro que Pedro no sacara la mano para

Rubén Vera y López

saludarme y pensé que se estaba haciendo "el interesante", pues solía ser muy guasón.

Aceleré la camioneta para emparejarme con el automóvil; me les acerqué temerariamente hasta casi rozarlos. Al agacharme para ver la cara que ponía mi amigo, me di cuenta de que no era Pedro sino otra persona.

Apenado disminuí la velocidad de mi vehículo dejando que el automóvil se adelantara. Así caminamos como dos kilómetros. Cuando iba a rebasarlos para pedir una disculpa se colocaron al centro de la carretera para no dejarme pasar; fueron disminuyendo lentamente la velocidad hasta parar completamente a la altura de un rancho llamado "El Cocal".

Del automóvil bajaron cuatro personas que, abriéndose en abanico, se encaminaron hacia mí con las manos sobre el revólver que traían en la cintura... Uno de ellos se acercó a la puerta de la camioneta por el

¡Llámenle a la Cruz!

lado derecho y, abriéndola me ordenó:
¡Bájese!

Yo levanté las manos y obedecí creyendo que se trataba de un asalto. Los dos más altos, que iban vestidos al estilo vaquero, con pantalones estrechos, botas, camisolas a cuadros y sombrero tejano, se me acercaron. Uno de ellos me dijo:

— Qué trae amigo... ¿Qué se le ofrece?

— ¡Nada señor! — contesté — lo que pasó es que los confundí con un amigo mío que tiene un auto igual al suyo. ¡Les ruego me disculpen si en algo los moleste!

— ¿A dónde va usted? — me preguntó —
¿En dónde vive?

— Soy Gerente de la Automotriz Agrícola de Martínez de la Torre... Miren... — y empecé a buscar en las bolsas de la camisa alguna tarjeta de presentación, pero no traía — este... les quería dar una tarjeta, pero no traigo; voy a Papantla a visitar un cliente.

Rubén Vera y López

— ¿Cuánto tiempo se hace de aquí a Papantla? — me preguntó el otro.

— Pues, depende... Si la panga está de este lado serán como cuarenta y cinco minutos, y si está del otro lado, alrededor de una hora y media (la panga era un lanchón que atravesaba el río Bobo para volver a tomar la carretera; en aquel entonces todavía no se había construido el puente)

— ¿Cómo se llama el amigo con el que nos confundió?

— Pedro Manterola. Es una persona muy conocida por estos rumbos; yo tengo poco tiempo de vivir en Martínez de la Torre.

Se miraron uno al otro y acercándose más a mí me preguntaron: ¿Nos conoce?

— No señores, no tengo el gusto — contesté.

— Él es mi hermano Arturo y yo soy Hugo Ebrad Izquierdo — dijo mirándome fijamente...

— ¿Ah, sí? — dije sorprendido — pues sucede que sí los conozco. A ustedes me

¡Llámenle a la Cruz!

los presentó un amigo mío en la penitenciaría que se llama Humberto Torres. ¿Recuerdan?

Hugo volteó a ver su hermano y le dijo:

— ¿Quién es ese tal Humberto?

— ¡Sí hombre, es el joven que mató al Capitán Valdez!

— Ah, sí; ya recuerdo — dijo Arturo.

— Por cierto que ustedes nos invitaron a comer; no los reconocí por estar vestidos de otra manera...

Sonrieron y dijeron: Bueno, está bien, ¡vámonos pues!

Subimos a nuestros vehículos y seguimos nuestro camino. Llegamos a donde estaba la panga y la abordamos. Mientras atravesamos el río platicamos sobre el tiempo, cosechas y otras cosas más. Estaban muy afectuosos conmigo; me contaron que tenían una hermana dueña de un negocio en la calle de Uruguay, en la capital y que, cuando fuera a México pasara a saludarla

Rubén Vera y López

de parte de ellos para lo cual me dieron una tarjeta de visita.

Arribamos al otro lado del río y se despidieron de mí, no sin antes disculparse por lo que había pasado en la carretera. Arturo comentó: "¡Es que nunca sabe uno lo que puede suceder!". Yo no entendí a qué se refería.

Dos días después me enteré por la prensa de que los hermanos Ebrad Izquierdo se habían fugado de la penitenciaría.

A finales del año de 1959 regresé a México en virtud de que el Gobierno no autorizó que se armaran en México los automóviles ingleses, firma que yo representaba en Veracruz, por lo que recibí instrucciones de mis superiores de liquidar el negocio.

A mi regreso lo primero que hice fue incorporarme nuevamente a la Cruz Roja Central en donde seguí prestando mis servicios en el Cuerpo Ambulante.

¡Llámenle a la Cruz!

A principios de noviembre de 1962 el Comandante Jefe del Cuerpo de Ambulantes, Armando Sánchez Maldonado, solicitó su baja del cargo que tenía por encontrarse muy enfermo, lo cual le fue concedido por dicha razón.

Los días siguientes hubo mucha efervescencia entre el personal, pues muchos comandantes sentían tener los suficientes méritos para aspirar a cubrir el puesto y se hacían propaganda entre los ambulantes para ganar adeptos. Ya se había convocado a una junta general para nombrar al nuevo jefe.

No pude asistir a dicha junta por tener algunos compromisos que tenía que atender referentes a mi trabajo.

Por la noche tocaron la puerta de mi domicilio y al salir me encontré que era un compañero de la Cruz Roja.

— ¡Hola! — le dije — qué milagro, ¿A qué se debe tu visita?

Rubén Vera y López

— Vine a felicitarte.

— ¿Por qué?

— Por el nombramiento que te dieron para ocupar el puesto de Jefe de Ambulancias.

— ¿A mí? — dije incrédulo soltando una carcajada — Para guasa está bueno y, ya en serio, dime ¿En qué puedo servirte?

— Ya te lo dije, nada más vine a felicitarte...

— Gracias, ¿No quieres una tacita de café?

— Te lo agradezco pero ya me voy; allá nos vemos en el hospital — me dijo extendiendo la mano para despedirse.

A la mañana siguiente me presenté en el hospital y pude confirmar lo que me había notificado mi compañero, pues los socorristas en servicio se acercaron a felicitarme.

Posteriormente recibí copia de un comunicado enviado al C. Comandante General Víctor M. Trueba del H. Consejo de Direc-

¡Llámenle a la Cruz!

tores en la que a la propuesta del H. Comité de Servicios de ambulancia se me nombraba como:

JEFE DEL CUERPO DE AMBULANCIAS DEL DISTRITO FEDERAL

Y aquí empieza otra historia.



16 Noticia del nombramiento

Rubén Vera y López



17 Diplomas y ascensos en la Cruz Roja



18 Condecoraciones a la orden del día



¡Llámenle a la Cruz!

Increíbles relatos de primera mano de un joven voluntario, jefe de ambulancias de la Cruz Roja Mexicana, que nos hacen vivir las aventuras del drama humano como si estuviésemos en la mismísima acción.